
22101551030

ANALES

de la

Universidad Central del Ecuador



DEDICADO

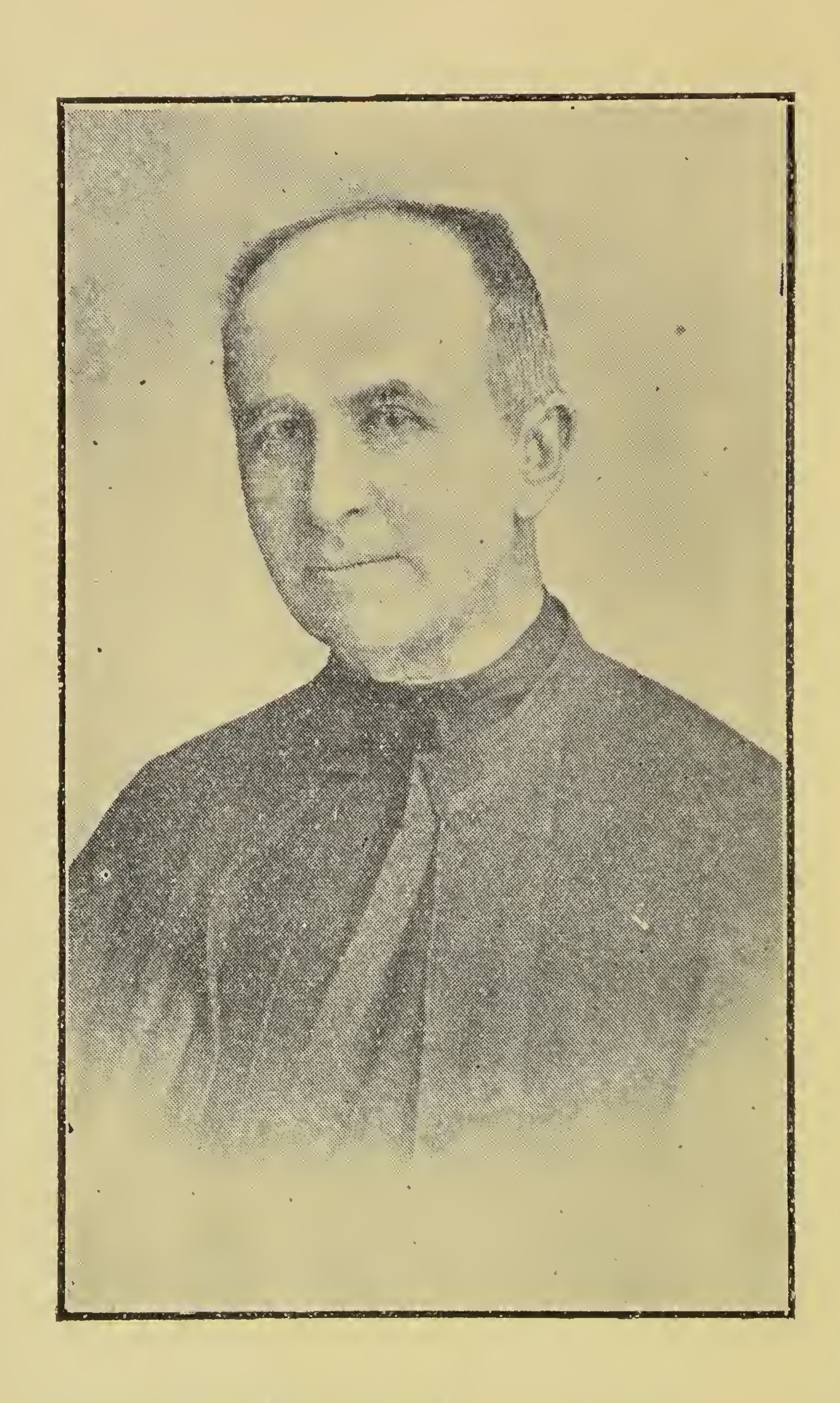
á la

Memoria del sabio profesor de Botánica

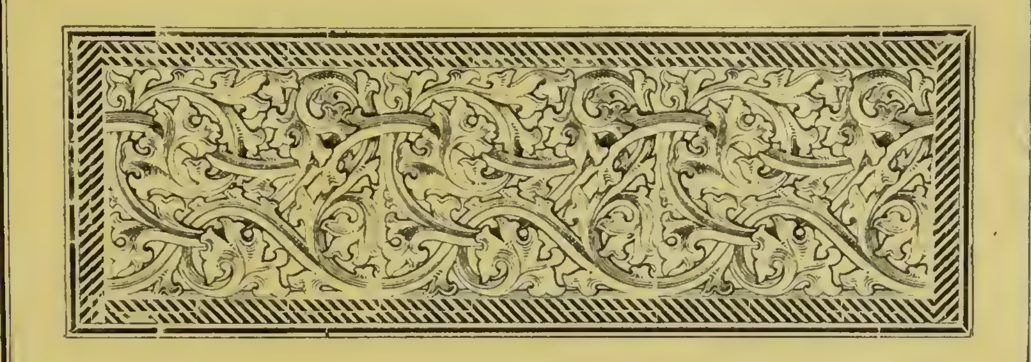
PADRE LUIS SODIRO, S. J.

que falleció el 14 de Mayo de 1909

Fr. J. W.
Quito 1910

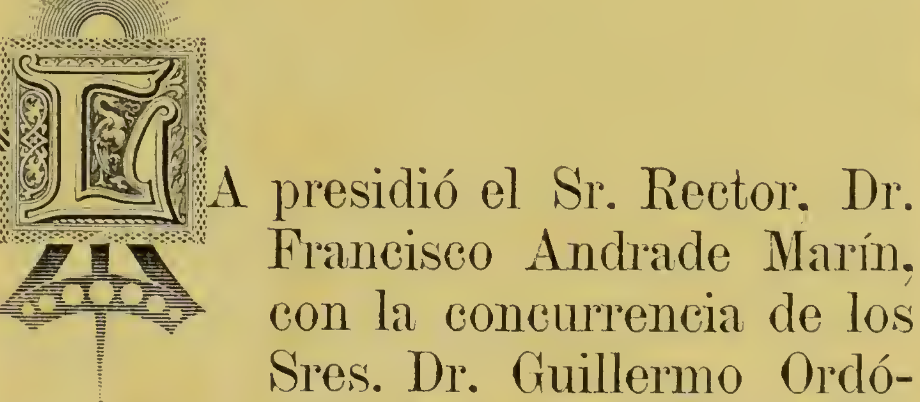


R. P. Luis Sodiro, S. J.



JUNTA ADMINISTRATIVA

SESIÓN DEL 15 DE MAYO DE 1909



LA presidió el Sr. Rector, Dr. Francisco Andrade Marín, con la concurrencia de los Sres. Dr. Guillermo Ordóñez, Vicerrector, Dr. Abelardo Montalvo, Dr. Enrique Gallegos, Dn. C. Arturo Martínez y el infrascrito Secretario.

Leída el acta de 7 de los corrientes, fué aprobada.

En seguida, el Señor Rector dijo que, con profunda pena, ponía en conocimiento de la Junta la irreparable pérdida que acababan de hacer los Institutos docentes de la República, y especialmente la Universidad Central, con la muerte del **R. P. Luis Sodiro S. J.** acaecida á las 7 p. m. del día de ayer; del sabio botánico que desde el año de 1870 había desempeñado aquí el profesorado sobredicho, prestando servicios tan valiosos, que á ellos se debía, en gran parte, el elevado concepto que ha alcanzado esta Universidad dentro y fuera de la República. Terminó diciendo que por esto era menester que el primer Establecimiento de instrucción pública fuese también el primero en rendir homenaje á la memoria del sabio profesor.

Entonces, el Sr. Vicerrector, Dr. Guillermo Ordóñez, corroborando lo dicho por el Sr. Rector, y, con apoyo de éste, elevó á moción el siguiente Acuerdo.

"La Junta Administrativa de la Universidad Central"

CONSIDERANDO:

1° Que, con arreglo á las disposiciones contenidas en el Título XXVIII del

Reglamento Interno de la Universidad, muerto un Catedrático, los gastos de funeral y entierro deben ser costeados con fondos del Establecimiento;

2° Que el **R. P. Luis Sodiro S. J.** prestó servicios de muy alta importancia á este plantel, desde el año 1870 en que vino de Europa como uno de los distinguidos profesores que organizaron la Escuela Politécnica; y,

3° Que el **R. P. Sodiro** fué uno de los miembros más ilustres de la Universidad Central;

ACUERDA:

1° Que esta sesión se dedique á la memoria del sabio botánico **R. P. Luis Sodiro**, y que, por tres días quede izada, á media asta, la bandera nacional en la puerta principal del Establecimiento, en señal de duelo universitario;

2° Que se celebren, con la posible pompa, las exequias en el Templo de la Compañía de Jesús, el día 13 (*) de Junio próximo venidero; y que, á las 3

(*) Este acto quedó diferido hasta el 23, por causas que no es del caso expresarlas.

p. m. tenga lugar una sesión solemne en el salón de Actos de la Universidad.

3º Que se dé cumplimiento á lo dispuesto en el Art.º 109 del antedicho Reglamento Interno de la Universidad; y que, por consiguiente, se mande trabajar, con distinguido artista, un retrato del **R. P. Sodiro**, el cual será colocado en el salón antedicho;

4º Que se dedique un número extraordinario de los Anales Universitarios al recuerdo del **R. P. Sodiro**, para que en él se publique la Biografía á que se refiere el Artículo citado en el número anterior;

5º Que este acuerdo se comunique al R. P. Superior de la Compañía de Jesús, como expresión de condolencia y gratitud;

6º Que esta resolución se publique por la prensa."

La moción fué aprobada por unanimidad de votos, sin discusión alguna.

Después de esto, se acordó, nombrar el profesor que en la velada literaria,

pronunciará el discurso en representación de la Universidad; y como se dijo que debía ser uno de los catedráticos de la Facultad de Ciencias, fué designado el Señor José Nicolás Paredes, Profesor de Botánica; y terminó la Junta, sin ocuparse en ningún otro asunto.

El Presidente,
Francisco Andrade Marín.

El Secretario,
Isidoro García B.

CON estricta sujeción al programa respectivo, se hicieron, el 23 del presente, las solemnes manifestaciones de duelo por el sabio profesor.

En efecto, desde las diez ante meridiem, se celebraron, en la Iglesia de la Compañía, las exequias correspondientes, previa la invitación, que en su lugar va reproducida. Bajo la inmensa cúpula central de ese templo majestuoso, el primero en la República, habíase levantado un catafalco, imponente por su aspecto sombrío, y más que todo, por sus colosales proporciones. Entre las estatuas simbólicas de la Esperanza y la Fe, que se destacaban en un fondo oscuro de artística y profusa ornamentación propia de funciones funerarias de primer orden, alumbraban tétricos blandones interpolados por las mustias flamas del moderno gusto.

En corporación, concurrieron el Sr. Rector y los Profesores de la Universidad Central, y el P. Rector y los Profesores del Colegio de la Compañía. Se habían colocado en la Iglesia cuatro órdenes longitudinales de asientos, á más de los dos últimos de los grandes escaños. Quedaron ocupados casi en su totalidad, por un número considerable de personas distinguidas por su ciencia y por su alta posición social, relativamente. El Ilustrísimo Metropolitano, con el Cabildo Eclesiástico, tomó asiento bajo el dosel correspondiente, hacia la derecha del Presbiterio; y á su vez, los representantes de las Comunidades Religiosas, y los del Colegio Nacional Mejía, ocuparon los asientos laterales externos del cuerpo de la Iglesia, en cuyo centro figuraba la sobredicha parte principal de la sociedad.

Celebró la misa el R. P. Manuel J. Proaño, Jesuita ecuatoriano, honra de la Compañía y de la República. El coro, compuesto de varios artistas prominentes, lució por lúgubre acentos, entre los cuales sobresalía la melodiosa voz del renombrado maestro Trueba.

Terminada la misa, el Presbítero Dr. Eudoro Dávila pronunció la oración fúnebre correspondiente. En ella, campearon la dicción castiza, el perfecto conocimiento de la índole moderna de los trabajos de este género, á fin de no reñirlos con la civilización del siglo; el claro talento para formar un armonioso y bello cuerpo de doctrina; una erudición nada inoportuna, y repetidos y bien marcados rasgos de elocuencia indiscutible. La oración fúnebre del Dr. Dávila, á nuestro juicio, bien puede rivalizar con las mejores obras de las de su clase. El verdadero mérito no tiene indumentaria conocida: tanto monta el hábito corto como el talar; y si la avanzada juventud de principios netamente liberales acaba de rendir sincero homenaje y muy efusivo, al sabio profesor botánico PADRE LUIS SODIRO, ella, con nosotros sabe también hacer justo elogio de orador tan distinguido.

A las tres de la tarde, en la Capilla Ardiente, preparada en el Salón de actos de la Universidad Central, aparecía en su centro el retrato del PADRE SODIRO trabajado últimamente, por el pincel del artista Alejandro W. Cevallos, que hace poco, terminó sus estudios en Roma. La decoración, á lo que parece, no dejaba nada que desear. Esta sesión solemne, presidida por el Sr. Ministro de Instrucción Pública Dr. Dn. Francisco J. Martínez Aguirre, y formada por todo el cuerpo docente de la Universidad Central, fue abierta con la concurrencia del R. P. Manuel Cañete de la Compañía de Jesús y del ya nombrado Padre Manuel J. Proaño. El amplio Salón no alcanzó á contener el considerable número de personas honorables que habían concurrido á la invitación; y entre ellas, figuraba la juventud ecuatoriana universitaria de la instrucción superior.

Abierta la sesión, como se ha dicho, con la debida solemnidad, el Sr. Rector Dr. Francisco Andrade Marín ocupó la tribuna; y su alocución sobria y correcta, contiene incuestionablemente, una obra seria, bien meditada y estudiada, que lleva en todas sus partes, el sello de la oportunidad. Terminó por el generoso pensamiento que, con sobrada justicia, debe ser acariciado por la mayor parte de los que están encargados del buen régimen político y social, y de sus delicadas consecuencias internacionales. Hablamos de la necesidad de que la gratitud ecuatoriana para con el sabio botánico SODIRO, se signifique y condense *no en meras palabras que las*

desvanece la injuria del tiempo, á su primer soplo destructor, sino por esos profundos y bien marcados recuerdos que suelen perpetuarse en el mármol y en el bronce, y que así ha logrado perpetuarlos la gratitud chilena en un caso enteramente igual. Parece que la idea del Sr. Dr. Andrade Marín tuvo perfecta aceptación y grata resonancia, porque ella, fué aplaudida estrepitosamente.

De seguida, y en representación de la Facultad de Ciencias, ocupó la tribuna el Sr. Dn. José N. Paredes, el discípulo querido, y el por muchos años, ayudante especial del sabio profesor y botánico. La disertación del Sr. Paredes es un trabajo lleno de ciencia y de valiosos detalles; pero lo que principalmente le hace recomendable es la preciada circunstancia de que en esa disertación, se registran y deben consultarse los datos auténticos acerca de la vida del PADRE SODIRO en relación con sus largos estudios y penosas exploraciones, con tanta frecuencia repetidas por el infatigable herborizador. Hay pues, que conservar de preferencia esa relación como documento importante para la historia, y para la biografía del modesto religioso cuyas huellas han quedado impresas en el fondo de nuestros valles, en la espesura de nuestras selvas y hasta en los encrespados perfiles de nuestras cordilleras y montañas.

El Dr. Dn. Carlos A. Arteta representante de la Facultad de Medicina, en su discurso, desarrolló un sostenido y serio trabajo de importancia científica inapreciable, trabajo en el cual se ostentan los avanzados principios que, en íntimo consorcio con las ideas liberales, acaban de civilizar al Mundo. Y desde luego, es muy notable la destreza con que supo lucir, en primer término la influencia beneficiosa de esos principios, sin que por ello, hubiese amenguado en lo más mínimo, el colosal mérito científico de las obras del Religioso Botánico. El Dr. Arteta merece felicitación especial por aquellos luminosos conceptos que, sobre estar ceñidos estrictamente á la verdad, llevan la noble ejecutoria del triunfo en los hechos consumados. La razón, la observación, la meditación y la experiencia, sin la estrecha cadena de las autocracias, constituyen por cierto, la luz indeficiente en que se inunda el Globo . . . . .

El Dr. Dn. Francisco Chiriboga Bustamante, en representación de la Facultad de Jurisprudencia, pronun-

ció también, con fluidez, un discurso elocuente que pone de manifiesto las brillantes dotes oratorias del joven Profesor.

Habló en seguida el Dr. Alejandro Villavicencio Ponce. Su discurso es prueba inequívoca del mérito que tiene quien habla con el corazón, no por lucir su palabra, sino por tributar realmente, homenaje, veneración y respeto sincero, á la amistad á las ciencias y á las virtudes eminentes. El Dr. Villavicencio, que acaba de completar sus estudios en Europa, fué uno de los más aventajados discípulos del PADRE SODIRO, y es justo que se encuentre ligado á la sagrada memoria del Maestro, por estrechos vínculos de amor y de eterna gratitud. Los atinados conceptos del Dr. Villavicencio están realzados admirablemente, por una simpática sencillez, y por una inimitable naturalidad con que supo fijar la atención de la concurrencia.

El Sr. Sosti Marcelo, hijo de Italia, Profesor de Agronomía en Quito, y compatriota del PADRE LUIS SODIRO, terminó el acto declamando en lengua italiana una sostenida composición elegiaca, notablemente grata al oído. y de cuyo mérito intrínseco deberán dar razón, á debido tiempo, quienes tengan conocimientos suficientes sobre la lengua y la literatura italiana.

Debemos hacer constar que todos seis discursos fueron aplaudidos calurosamente.

(*) Concluido el acto, el R. P. Manuel Cañete, al parecer muy emocionado, y en bien sentidas y expresivas frases, dió en su nombre y en el de la Compañía de Jesús, los más cumplidos y efusivos agradecimientos al Sr. Ministro de Instrucción Pública, á la Universidad Central, á la Prensa Nacional, y á todos cuantos han contribuido para hacer nacional y solemne el justísimo duelo por la irreparable pérdida de su compañero en la vida monástica, modesto religioso que supo hermanar admirablemente la ciencia con la fe, la pluma del sabio con la cruz del creyente.

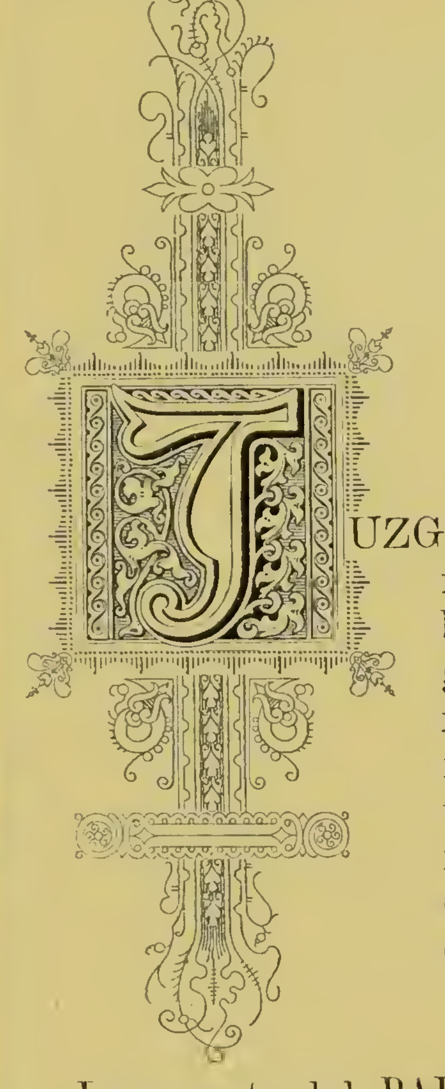
(*) Al terminarse el acto se distribuyeron algunos centenares del brillante discurso que el Sr. Dr. César Borja, dedicó hace un año á la memoria del malogrado profesor de química Dr. Ramón Flores Ontaneda, víctima de la peste negra en Guayaquil. En ese discurso, se registra la parte que su autor ha tenido á bien compaginar con lo referente al fallecimiento del P. LUIS SODIRO, parte que va reproducida en su respectivo lugar.

Debe quedar aquí, *especial constancia de que esta solemne manifestación de duelo fué severamente correcta en todas sus partes, sin que nada extraño la hubiese perturbado en ningún sentido.*

Para llorar dignamente por el PADRE, han bastado siete corazones; mas para elogiarle dignamente, siete sabios no habrían sido suficientes. Ellos vendrán con el tiempo, formados en la propia escuela del Maestro.

La somera apreciación que hemos hecho de los trabajos principales de estos actos de solemne condolencia nacional, ojalá lleven por timbre el que en ellos se ha puesto en ejercicio la más completa imparcialidad, *sin hipérboles y sin aceptación de personas.* Ojalá los discursos que van á continuación nos saquen verdaderos en todas sus partes; y cabe suplicar al benévolo lector, que á lo mucho que puedan valer esos discursos sin más vida que la letra muerta, ha de agregarse necesariamente, ese mérito primordial que los grandes oradores saben imprimir con la palabra viva, que según Demóstenes, constituye la esencia de la oratoria y de la declamación.





UZGO que no se tendrá por fuera de propósito que también yo, como Rector, traiga á este lugar, mi pequeño ramo de ciprés, que, humedecido por el dolor, sirva para entretejer la corona funeraria, cuya labor ocupa al profesorado en esta solemne sesión.

La muerte del PADRE LUIS SODIRO es acontecimiento luctuoso para el Ecuador. La Universidad Central ha perdido á uno de sus más distinguidos profesores, y la Nación, á su infatigable explorador, que ha enriquecido notablemente la flora ecuatoriana. Treinta y ocho años continuos de consagración asidua tanto al Magisterio, como á penosas y largas excursiones en el territorio nacional, han dado frutos de gran valía para la estudiosa juventud, y proporcionado colecciones botánicas abundantes, que se han distribuido en los principales Centros científicos Europeos, y que servirán de ornato, de utilidad y de orgullo nacional en nuestros Gabinetes y Museos.

Esto requiere explicación.

No son pocos los hombres de ciencia que han estudiado el reino vegetal de nuestro suelo, y trabajado materialmente en él. Es bien sabido que el Barón Alejandro de Humbold, sabio alemán, asociado á su digno compañero, el francés Aimé Bonplan, recorrió gran parte del Ecuador en los años de 1801 y 1802; y que pocos años después, se publicó en Europa una obra importante sobre plantas equinocciales, independientemente de varias otras obras. Despúes de esto, nuestro compatriota el sabio colombiano Dn. Francisco José de Caldas, en 1804, hizo, principalmente en Loja, estudios de alta importancia sobre el árbol de la quina y sus variedades; y los publicó en el "Semanario del Nuevo Reino de Granada," en 1808. Desde 1820, á 1833, M. Boussigault se ocupó en fructuosas excursiones científicas sobre paleontología, geología y botánica, en Venezuela, Colombia, el Ecuador y más Repúblicas Sudamericanas; y sus obras han ido publicándose periódicamente, por él mismo, ó por sus amigos, desde 1849 en adelante. El Dr. Guillermo Jameson, que fijó domicilio y formó familia en Quito desde el año 1824, se ocupó preferentemente en herborizaciones, casi hasta su muerte, la cual tuvo lugar en el año 1873. El nos ha dejado la "Sinopsis plantarum," que consta de tres tomos en octavo, y que aun cuando no sea obra completa sobre la flora ecuatoriana, contiene, incuestionablemente, considerable número de especies nuevas, que Europa las tiene aceptadas con su nombre. El inglés Dn. Carlos Roberto Darwin, asociado á los Sres. Wood y Cummiing, desde el 15 de Setiembre, hasta el 22 de Octubre de 1835, hizo también valiosos estudios

botánicos en el Archipiélago de Colón; y ellos fueron publicados en Europa, en el año 1835. El Dr. Ricardo Spruce, comisionado por el Gobierno Inglés para sacar del Ecuador semillas y plantas de quina, y aclimatarlas en las Indias Orientales y en Ceilán, hizo igualmente, muy buenos trabajos no sólo en dicho sentido, sino también en el de ensanchar el descubrimiento de la flora ecuatoriana; y se ocupó en ello desde 1857 hasta 1861. El Dr. Augusto Rimbach formó también muy buenas colecciones de sus trabajos, que tuvieron lugar en las provincias del Sur del Ecuador. A los Señores Warszewiez, botánico del rey de Prusia, Seemann, Wagner, Fraser, Herbach y Pearse, se les debe, asimismo, algunos preciados estudios sobre botánica en el Ecuador. El inglés Eduardo Whymper, en 1880, sin perjuicio de sus valientes ascensiones hasta la cima de las más altas montañas de Cayambe, Antizana, Cotopaxi, Tunguragua, el Altar y Chimborazo, hizo algunas exploraciones botánicas de valía, que parece han sido publicadas recientemente. Los Ecuatorianos Juan de Velazco (el historiador), Fr. Vicente Solano, Augusto N. Martínez y Pedro Ignacio Lizarzaburo han trabajado de igual manera; y de los tres primeros, hay publicaciones más ó menos científicas y de conocida importancia. Por fin, el Dr. Teodoro Wolf en su conocida obra de Geografía del Ecuador, nos ha proporcionado la Geografía botánica de este país, la cual tiene mérito indiscutible.

Me ha parecido necesario hacer esta prolija enumeración á fin de poner en relieve los merecimientos del padre Luis Sodiro, quien, relativamente á las numerosas plantas criptógamas vasculares, ha logrado hacer obra perfecta

y acabada, obra que contiene 671 páginas. Tomando por base la "Sinopsis filicum" de Hooker y Baker, la ha seguido en todas sus partes, y comprobado que en la región quitense, (tomada esta palabra por toda la República), no sólo existen todos los géneros y todas las especies de la clase de las criptógamas descritas, sino que también hay muchas otras especies nuevas, descubiertas por él. Ellas, con exquisita cultura y delicadeza, están dedicadas por el sabio profesor, no solamente á sus grandes amigos de Berlín, de París, de Londres, de Viena y otros lugares Europeos, sino también á personas notables del Ecuador, tales como los Sres. Dr. Antonio Flores, Dr. Luis Cordero, Dr. Carlos R. Tobar y Dr. Luis Felipe Borja. Véanse las fojas 115—471—505—y 533 de su obra principal.

Seiscientas setenta son las especies que, de la criptógamas, ha enumerado y descrito el PADRE SODIRO en su obra, y en ellas, ha encontrado 209, que son propias de nuestro suelo, y 181 ENTERAMEMTE NUEVAS, que se deben, por cierto, á la acuciosidad y perseverancia del Padre en más de siete lustros de constante herborización.

Pero no sólo es esto, sino que también se ocupó en hacer largo estudio y completa colección de las plantas pertenecientes al género de los Anturios de la familia de las aroídeas de las plantas monocotiledonas. En ello, independientemente de lo publicado en folletos y en los Anales de la Universidad, obtuvo resultados tan satisfactorios que, en sólo el territorio Ecuatoriano, han resultado más de la mitad de las especies que hasta aquí aparecen difundidas en el Globo.

También publicó extensos artículos sobre las piperáceas, las tacsonias, las compuestas, y varias otras de las fanerógamas, comprendiéndolas bajo el título de "Sértula florae ecuadorensis."

Igualmente, publicó varios folletos, de entre los cuales debo enumerar los "Apuntes sobre la vegetación ecuatoriana;" las "Reflexiones sobre la Agricultura ecuatoriana;" la "Excursión botánica," la relativa á pastos y plantas forrajeras; á gramineas ecuatorianas; la referente á la enfermedad del cacao; y los programas de la Escuela Agronómica del Ecuador.

Numerosas son las colecciones de plantas que logró formar el Padre Sodiro, remitidas de tiempo en tiempo, á los principales centros científicos de Europa; y la importancia de ellas puede colegirse de la abundante colección con que ha tenido la generosidad de obsequiar á esta Universidad Central; pues consta de más de ocho mil ejemplares los cuales comprenden 4226 especies diferentes.

Al modesto Religioso se le debe además, otra obra de inestimable importancia científica—la creación del Jardín Botánico en la Capital, y su conservación y gradual enriquecimiento con plantas nuevas tanto nacionales coma extranjeras.

No es fácil tener idea cabal del grado de abnegación y heroismo que entraña la paciente labor de este ilustrado Profesor. ¡Qué de amarguras, qué de sufrimientos y penalidades de todo género, en ese trabajo tan minucioso como abundante, en el largo decurso de 38 años!! Selvas

impenetrables, guardadas por serpientes y animales feroces; por ríos caudalosos de rápidas corrientes; por precipicios y rocas infranqueables; por enfermedades insidiosas; por constantes lluvias y tempestades torrenciales; son las que han tenido que ser exploradas en diverso sentido, cuatro, diez y veinte veces, y aun más todavía, con la mira de extraer del corazón de esas selvas, treinta, cuarenta, sesenta mil ejemplares, ó quizá más, para honra del Explorador, y, muy especialmente, para perpetuo beneficio de la República Ecuatoriana. Y he dicho poco, desde que no han podido formarse tan ricas colecciones sin descender también á la profundidad de nuetros valles mal sanos, y ascender, igualmente, á los más altos y encumbrados riscos de nuestras cordilleras y montañas, atravezando helados y extensos páramos, para ir á buscar, perdidos entre las grietas de las rocas, unos líquenes, unos musgos, unas algas que hubiesen podido escaparse al examen y estudio de sus predecesores. ¿Y cómo se llega á perfeccionar la clasificación y la descripción de esos miles de ejemplares que han formado tan rica flora? Siempre la misma rizoma, siempre los mismos estípites y las mismas frondes, y las mismas pinas y los mismos soros y esporos, en las criptógamas. Siempre los mismos tallos, los mismos peciolos y los mismos limbos y los mismos nervios en los anturios etc., etc.; y para dar con las diferencias de género, de especie y de variedades ¿cuánta labor paciente, cuánta pericia, cuánta suma de estudio material, intelectual y científico no requiere todo eso? Y apesar de que esta reflexión es de suyo evidente, y de que tan enorme sacrificio debió arrancar, alguna vez siquiera, un acento de queja, al explorador, es cosa digna de notarse que en lo mucho que apare-

ce escrito por el Padre Sodiro, no se encuentra jamás ninguna manifestación á tal respecto. El microscopio es el instrumento inevitable de estos sabios . . . . .; y de los sabios y virtuosos, el microscopio y la Cruz.

En la Capital de Chile, en la calle de las Delicias, entre las estatuas de O'Higgins, de San Martín y de los Carreras, se levanta majestuosa la del naturalista Padre Juan Ignacio Molina, como sagrada deuda satisfecha por el afecto y la gratitud del Pueblo Chileno. No debe de estar muy distante el día en que también el cariño y la gratitud ecuatoriana rindan homenaje semejante al más modesto de los religiosos que, en siete y media décadas, por la cantidad y la intensidad de sus trabajos científicos, ha rivalizado con los de Humboldt, de Darwin y de Spruce.

El Rector,

Francisco Andrade Marín.



SEÑORES :

Obligado á cumplir con el honroso, y al mismo tiempo para mí deficilísimo cargo de levantar mi voz en medio de tan distinguida asamblea y en tan solemnes circunstancias; bien echaréis de ver, sin que yo os lo diga, los encontrados afectos que hoy agitan mi corazón y aprisionan mi espíritu. Ha muerto el R. P. LUIS SODIRO, y su muerte no he podido ménos de sentirla con filial ternura: tanto le debo, y en el no corto espacio de tiempo que tuve la dicha de participar de sus enseñanzas, no solo me persuadí de la profundidad de su ciencia, si no también de sus heroicas virtudes y de la singular y encantadora belleza de su alma. Pero al lado de esa tristeza se junta en mí la confusión y, aun puedo decir el aturdimiento de verme constreñido á pronunciar su elogio, en presencia, Señores, de tan ilustrado auditorio.

No trato de analizar las obras del que por su sabiduría ha llamado justamente la atención de los más esclarecidos Botánicos de Europa y América; ni me siento con fuerzas para tanto, ni sería argumento adaptado á las presentes circunstancias, ni á los sentimientos que poderosa-

mente conmueven todo mi ser. Quiero tan sólo manifestar la gratitud de mi pecho para quien fué durante largos años mi guía y mi sostén; y quiero asimismo avivar la gratitud de vuestros corazones, esforzándome por declarar como el R. P. LUIS SODIRO merece ser contado entre los más preclaros hijos de nuestra amada Patria por la sinceridad con que la amó siempre, por lo mucho que la enalteció, y por el unánime sentimiento de todos nuestros conciudadanos.

Sí, Señores, el R. P. LUIS SODIRO amó al Ecuador con la ternura y complacencia con que suelen amar los hombres, los campos y las montañas, los lagos y los ríos en cuyo centro se encuentra la que fué un día su primera mansión en el mundo, donde sintió por primera vez las auras de la vida, y donde se abrieron sus delicados párpados para mirar con asombrados ojos á los fulgores del esplendente sol que nos alumbra, las magnificencias del universo.

Vicensa, hermosa ciudad de Italia, no lejos de la encantadora y gentil Venecia y cerca también de las imponentes y majestuosas moles de los Alpes, cubiertas con el purísimo caudal de blanquísima nieve, fué la patria de mi inolvidable y dignísimo Profesor, de vuestro fiel compañero, del que se distinguió durante largos años entre los que formaban el Claustro de esta Universidad, como uno de los más distinguidos representantes de la ciencia en nuestra patria. A los trienta y cuatro años, es decir en la plenitud de la vida, en 1870 dejó las amenas regiones de Italia, las grandezas de Roma, los gabinetes y museos más completos de Alemania para venir á tomar parte con nosotros en el engrandecimiento de la que desde entonces fué para él su morada predilecta, su mansión querida, y

á cuya felicidad consagró con admirable energía y singular cariño todos los talentos con que le dotara el cielo. Repetidas veces tuvo ocasión de volver á contemplar las comarcas donde se meciera su cuna, los ríos y valles de su infancia, los esplendores y magnificencia de que apenas habría podido gustar en la madurez de los años; mas él prefirió siempre morar sin interrupción á nuestro lado durante la mayor y más preciosa parte de su vida por espacio de 38 años, para trasponer nuestros montes, esguazar nuestros ríos é internándose en lo enmarañado de nuestros colosales bosques patentizar al mundo las grandezas de nuestra exhuberante vegetación.

Y era tan grande su deseo de conocer y estudiar uno por uno los ejemplares de la Flora Ecuatoriana, que se internaba con frecuencia en nuestras selvas para recorrerlas palmo á palmo; y trepaba infatigable por rápidas pendientes con heroico valor y fé en la empresa; sin atemorizarse ni del veneno de la vívora que suele estar en la hojarasca, ó en las ramas, ni de la humedad de los pantanos, ni de la profundidad del abismo que había debajo de sus plantas. Con los vestidos rotos, con el cuerpo desgarrado por los aguijones ó por las espinas y con el rostro cubierto de tierra, coronaba afanoso la cima de las más encumbradas rocas. Era, entonces, cuando nuestro sabio estaba, sin pensarlo, sobre un pedestal inmenso de granito, cual corresponde á la grandeza de su ciencia y á lo arduo de su trabajo. Su regocijo después de cada viaje estaba en proporción con el número de plantas nuevas que encontraba; porque cada una de ellas le ofrecía oportunidad para hacer conocer al Ecuador botánica y geográficamente, ya que á la descripción

de cada especie adjunta, también, los nombres del lugar, de la altura y circunstancias en que vegeta.

Y vivió entre nosotros con el amor de quien no apetece más sobre la tierra, de quien mora en el centro de sus aspiraciones, porque no anhelaba más en el mundo que nuestra propia felicidad, que se había convertido para él, gracias á la hermosura de su alma, en felicidad propia.

Si extendía con frecuencia sus miradas más allá del límite de nuestras regiones, si espaciaba sus ojos ávidos de ciencia por todos los ámbitos del orbe, era para que el Ecuador, ocupara un lugar distinguido en la estima de todas las gentes.

¿Y quién puede decir ahora lo mucho que en esta parte le debemos? ¿Qué sabio hay, al menos entre los cultivadores de la Botánica y en la mayor parte de las naciones que el sol alumbra, á quien no hayan arrancado sinceros afectos de simpatía para con nosotros, las estimadas producciones científicas del R. P. Sodiro?

Para muestra de lo mucho que nos ha honrado con sus privilegiados talentos, ya que fuera imposible alegar los juicios de tan variadas naciones, baste lo que he podido ver en una de las más serias revistas de España.

En 1901, hablando de los "Anturios Ecuatorianos" y "El Mangle rojo," se expresaban en los siguientes términos: "Son estos dos opúsculos

tan breves en número de páginas ccmo ricos en ciencia botánica. Ni son los primeros que han brotado de la docta pluma del P. Sodiro. Su obra magistral "*Criptogamae vasculares Quitenses*" y diferentes opúsculos, han echo que su nombre atravezara el Atlántico y fuese estimado por los botánicos de Europa.

"Mas aunque el P. Sodiro no fuere conocido y ahora se presentase por primera vez al público científico con sus *Anturios Ecuatorianos*, este solo opúsculo bastaría para merecerle renombre de aventajado botánico . . . . "Y por no alargar demasiado la cita, concluye diciendo: "Esperamos que no serán estas las últimas publicaciones botánicas del P. Sodiro. El opúsculo *Anturios* es como el preámbulo de una extensa monografía. Además durante veinticinco años de asiduo trabajo, ha reunido el P. Sodiro un riquísimo herbario de plantas ecuatorianas, que no contendrá menos de 4.000 especies. Muchas de ellas ha dado á conocer en diferentes publicaciones . . . . Pero quedan aún las dos terceras partes del herbario aguardando á que las ofrezca al mundo científico el experimentado maestro y profesor que ha sido durante largos años de la Universidad de Quito."

Con mucha justicia, Señores, se ha expresado así esta científica revista. A la verdad, antes de la época citada por ella, ya el R. P. Sodiro había ilustrado al mundo con importantísimas publicaciones que manifiestan todas ellas vasto y profundo conocimiento de la ciencia y el más vehemente deseo de engrandecer á nuestra Patria. Me permitiré enumerarlas, pues no sería justo que recompensáramos con el olvido tan preciosos trabajos, ya que casi todas ellas

han desaparecido y más tarde vamos á ignorar aun que existieron.

La primera obra que publica el año 1874, titula "Ojeada general sobre la vegetación Ecuatoriana;" en élla declara cómo al pisar el suelo ecuatoriano, quedó profundamente prendado del aspecto vigoroso y brillante, no menos que de la riquísima variedad de su vegetación; y para estudiarla, la divide en cuatro zonas: la tropical, la subtropical, la subandina y la andina; enumerando, á su vez, los principales vegetales que crecen en cada una de ellas; y para mayor claridad de lo que se propone demostrar, dirige, antes, sus consideraciones sobre las circunstancias particulares que tienen mayor influjo sobre la vegetación en general: la posición geográfica, el clima, las condiciones del terreno y el estado actual de la vegetación.

En 1877 tiene lugar una erupción del Cotopaxi que causó pérdidas de mucha consideración, en especial á la industria y á la agricultura. El Supremo Gobierno comisiona al R. P. SODIRO para que se traslade al lugar de la catástrofe y que informe sobre el particular. Cumple admirablemente con su cometido y da á luz su segunda obra titulada "Relación sobre la erupción del Cotopaxi, acaecida el 26 de Junio de 1877." Investiga en ella los fenómenos de la naturaleza, con argumentos concluyentes, las causas que los producen y las leyes que los gobiernan.

En este mismo año publica el utilísimo opúsculo "Gramíneas ecuatorianas," que desgraciadamente ha desaparecido casi por completo.

En 1881 sale impresa "Una excursión botá-

nica." En esta importante obra manifiesta, en primer lugar, su propósito de formar una "Flora Ecuatoriana" que representase como en un espejo su vegetación para que sirva de base para el adelanto científico y práctico de este ramo del saber humano entre nosotros. En efecto, comenzó en esta época á formar y continuó formando y clasificando hasta pocos días antes de su muerte, con una constancia admirable, una vasísima Flora; valiosa por el trabajo material y mil veces más valiosa por el científico; colección que ha legado á esta Universidad, demostrando con esto un desinterés ilimitado y un grande cariño para la juventud inteligente y estudiosa de su segunda Patria.

En 1883 publica el opúsculo "Reflexiones sobre la Agricultura ecuatoriana," en el que trata extensa y habilmente; de la importancia de la Agricultura; de su importancia respecto al Ecuador; del estado actual de la Agricultura en el Ecuador; de las causas del atraso y de los medios para promover su adelanto en nuestro territorio.

En 1888 da á luz el folleto "Observaciones sobre los pastos y plantas forrajeras," en el que aconseja el cultivo de ciertas plantas ecuatorianas que ahora son desconocidas y abandonadas en varios parajes; así como también el de otras tantas especies extranjeras, utilísimas para la Agricultura ecuatoriana.

En 1892 publica el opúsculo "Observaciones sobre la enfermedad del Cacao llamada "La Mancha," que como lo indica el título, es de un valor inestimable, ya que este producto constituye la riqueza del Ecuador.

En diferentes épocas ha publicado el sabio SODIRO, á más de las obras citadas otras tantas Monografías botánicas, que son suficientemente conocidas y apreciadas como: Recensio crytogamarum vascularium provinciae quitensis, Piperaceas ecuatorianas, Monografía II. Anturios ecuatorianos, Anturios ecuatorianos Suplento I, Anturios ecuatorianos, Suplento II, Sertula Florae ecuadorensis, Sertula Florae ecuadorensis Serie II, Tacsonias ecuatorianas, Compossitae aequatorianae, Bomareas, Stenospermatium, Rodospatha y alguna otra.

Por cada una de estas obras, Señores, ha merecido el Sabio y virtuoso P. SODIRO los más altos honores y elogios de todos los botánicos y corporaciones científicas de Europa y América; Gaffuri en Italia, Engler en Alemania, Hieronymus en Suisa, Porter en Chile. . . . en una palabra es universal la admiración y el respeto con que se pronuncia el nombre de nuestro insigne Botánico.

Ved pues, como no he exagerado al afirmar que el R. P. LUIS SODIRO merece ser contado entre los más preclaros hijos de nuestra amada Patria, no ya tan sólo por la sinceridad de su amor para con ella, sino también por lo mucho que contribuyó á que en el mundo científico estuviera honrosamente representada. Merece por último, á todas luces, el título de nuestra ciudadanía, si atendemos al común y espontáneo sentir de todos nuestros conciudadanos.

Sí, de todos los ámbitos de nuestra República no se han levantado, á la muerte del que es hoy la causa de nuestro duelo, sino voces de simpatía, ayes de dolor, acentos de gratitud, expresiones salidas de lo más íntimo del corazón pa-

ra celebrar la memoria del que todos veneraron como varón justo y sabio merecedor de las más distinguidas consideraciones, y muchos tuvieron la dicha de sentir con su trato los placidísimos afectos de la más pura y sincera amistad.

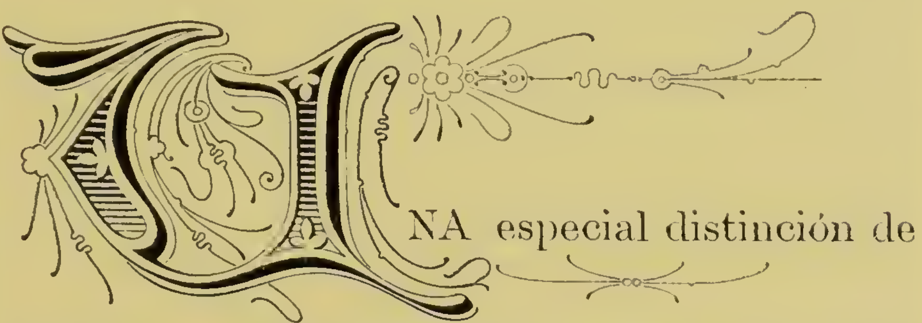
Señores, creo haber cumplido con un deber sagrado, honrando la memoria, según la medida de mis fuerzas, del que fué para mí, verdadero padre y cuyo recuerdo conservaré con gratitud mientras me durare la vida. Si no he sabido llenar cumplidamente vuestros deseos, que el recuerdo de tan insigne varón aparte de mi pequeñez vuestros ojos, para que unicamente los fijeis en la gran figura que hoy vemos levantarse sobre la soledad de un sepulcro. Que las virtudes y la ciencia del R. P. Luis Sodiro sirvan de estímulo á nuestra juventud, de complacencia y gloria á sus dignos compañeros, y á todos los Ecuatorianos de noble orgullo, reconociendo en él á un hijo benemérito de la Patria.

He dicho,

José M. Paredes.

Señor Ministro,

Señores:



NA especial distinción de la Facultad de Medicina y Farmacia, á la que pertenezco, me proporciona el honor de dirigiros la palabra en ocasión tan solemne; solemne por la categoría de vosotros, en quienes veo lo más alto de la gerarquía administrativa, y lo más alto también de la intelectualidad ecuatoriana, congregados aquí, en el santuario de las ciencias, para rendir honores póstumos á un luminar del saber que se ha apagado.

¡Sarcasmo, Señores, que solo póstumos sean los honores que se rindan á los luchadores infatigables de la ciencia, hombres verdaderamente grandes!

Ha muerto un justo y un sabio, ha muerto el Padre Sodiro.

El mundo intelectual acaba de ser golpeado durante. Las ciencias naturales, ciencias experimentales, aquellas que prueban lo que dicen porque están fundadas en razón, es decir, las verdaderas ciencias, están de duelo.

No me propongo, Señores, describir su laboriosa vida, porque ésta sería materia para llenar un libro, ¡tánto y tánto ha trabajado el PADRE SODIRO! Empleó todos los instantes de su provechosa existencia en hacer investigaciones profundas, hasta llegar á descubrir secretos de la Fitología que habían permanecido ocultos en los misterios de lo desconocido.—Este hombre ha llenado su vida.—Quiero solamente trazar algunos rasgos de los más notables y peculiares de esta personalidad científica y moral.

En su fisonomía se admiraba el especialísimo contraste de facciones quizá duras que revelaban su voluntad tenaz y la energía de su carácter profundamente investigador, con la suavidad y dulzura del conjunto propias de la noble sencillez característica de los hombres de su talla. Contraste debido indudablemente á la apacibilidad de su espíritu y á las huellas que dejan en el hombre las meditaciones profundas; así como en la hermosa Italia, su patria, se admira el armónico contraste de sus suaves verduras, sus horizontes siempre azules y tranquilos, su intensa luz, su gozoso ambiente, con la rudeza de sus agrestes colinas, de sus encumbradas cimas y de sus colosales volcanes en ignición perpetua.

Candoroso, modesto y bueno, el PADRE SODIRO lo fué en su más amplia acepción. Este obrero del talento, que había adquirido ya

gran celebridad científica, guardó siempre en su vida ordinaria y en sus relaciones sociales una natural modestia que los que le trataban de cerca quedaban admirados de su potencia intelectual y de su abrumadora ilustración, pues parece imposible que la vida de un hombre sea suficiente para adquirir un cúmulo de conocimientos tan profundos.

El profesor Sodiro jamás pensó en envanecerse con los descubrimientos aportados por él para enriquecer la ya vastísima ciencia de Linneo, Jussieu, De Candolle, etc.; jamás, en sus atinadas y sabias lecciones que nos diera á los que tuvimos la buena suerte de ser sus discípulos, nos habló de sus propios especiales estudios; bastávale la íntima satisfacción de haber cumplido sus voluntarios deberes, contribuyendo así para el grandioso é inmortal edificio de la ciencia.

El sabio naturalista Sodiro era estimado por sus comprofesores, respetado por sus discípulos y admirado por todos; así su muerte ha sido un duelo para la familia universitaria, que siente un vacío difícil de llenarlo.

Talento metódico y preciso y amante apasionado de la Botánica, que, aunque si bien es cierto, no hizo filosofía de ciencia tan profunda, pero la ha enriquecido con el descubrimiento y formación de un sinnúmero de especies y variedades distintas.

Vino á Quito en compañía de los eminentes Kolbert, Dressel, Wolf, Menten, Eping, para formar la Escuela Politécnica,"y este hecho solo, en mi concepto, habría sido suficiente pa-

ra acreditarle sabio; puesto que, sin lugar á duda, ha sido la corporación extranjera científica más notable que ha honrado al Ecuador.

Su talento observador le hizo darse cuenta inmediatamente de la exuberante y pródiga vegetación de nuestras tierras, y se dedicó, con la asiduidad propia de su carácter, al estudio de la Flora ecuatoriana, tomando al principio, como base, los trabajos de Humbolt y Bomplant, quienes consignaron sus investigaciones botánicas de la región andina en un libro que con el nombre, un tanto atrevido y universal de Cosmos," publicaron los científicos aquellos. Después hizo estudios propios que publicó con los nombres de: Piperáceas ecuatorianas," "Anturios ecuatorianos," "Tacsonias ecuatorianas," y "Criptógamae vasculares Quitenses."

Una de las cosas que más especialmente llama la atención del botánico extranjero que, por primera vez, penetra en los bosques ecuatorianos, es, sin duda alguna, la admirable profusión de criptógamas vasculares. Aquí, el helecho arborescente que compite con las más esbeltas palmeras, pretendiendo arrebatarles la supremacía de las selvas y venciéndolas indudablemente por la hermosura de sus frondes; mas allá, las elegantes selaginelas, encanto de la naturaleza, que ostentan por do quier los primorosos encajes de sus hojas; los licopodios que, en múltiples y finísimas trenzas, cuelgan de los troncos seculares, sin contar una multitud casi infinita de otras criptógamas, de variadas formas y matices, que, ya epífitas, ya en las sinuosidades de las rocas, ya en el mismo suelo, derramó la pródiga naturaleza con más profu-

sión talvez en nuestro suelo que en los demás países del mundo. Sí, las criptógamas vasculares, á más de ser el más vistoso adorno de nuestros bosques, ofrecen al botánico materia abundantísima á sus investigaciones, á su admiración, á su estudio. ¿Qué extraño pues, que fuesen las primeras en atraerse las simpatías, el amor, casi me atrevería á decir el culto inteligente del sabio botánico SODIRO? A ellas dedicó sus primeros afanes, ellas fueron las primeras que colectó y coleccionó, ellas fueron siempre sus plantas predilectas. De ellas también trata la primera obra que escribió su docta pluma.

Ya en 1883 publicó en Quito un opúsculo que intituló: "Recensio criptogamarum Quitensium" especie de catálogo detallado, en el que el eminente sabio fué reuniendo, agrupando y clasificando metódicamente, algunas especies criptogámicas, que se encontraban diseminadas en las obras de algunos botánicos, en especial de los señores Jámeson y Spruce, teniendo la satisfacción de agregar á esas especies otras todavía desconocidas. Pero esta "Recensio" no fué sino el preludio y como bosquejo de la admirable obra que debía seguirla pronto, la "Criptogamae vasculares Quitensis" que dió á luz el PADRE SODIRO en 1893; trabajo importantísimo, obra verdaderamente maestra en su género, en la que el autor se propone, como él mismo lo asegura en el prólogo, "dar al público científico una idea aventajada de la riqueza del país y proporcionar á los jóvenes ecuatorianos un método fácil para iniciarse en el estudio de la flora de su patria." Y consiguió perfectamente este doble fin; dando una idea aventajada de la riqueza criptogámica del país, pues, en su obra, el Ecuador aparece en primera línea entre

las naciones más privilegiadas por la exuberancia de su flora; y proporcionando á los estudiantes de botánica un método fácil para clasificar las criptógamas ecuatorianas, por medio de las claves analíticas que encabezan cada uno de lcs distintos géneros de que se compone su obra.

Muy largo y por demás enojoso sería el enumerar y considerar uno por uno los caracteres de las divisiones, subdivisiones y clasificaciones específicas que constituyen el mérito de esta obra verdaderamente científica y sin igual, hasta el día de hoy, en la literatura botánica del Ecuador. Baste decir que resplandece en ella un orden admirable, un criterio recto y desapasionado, una claridad exquisita, una minuciosidad asombrosa en describir los caracteres de las plantas, fruto de un conocimiento científico nada vulgar y de una labor asidua é incansable. Para convencerse de ello, basta recorrer la primera parte del libro que trata del simpático orden de los "Filices" ó sea de los "Helechos." Cerca de 600 especies se hallan descritas en la "Criptogamae vasculares Quitenses," y de estas especies ¿cuántas hay enteramente nuevas y desconocidas que sin duda hubieran quedado escondidas é ignoradas en la soledad de los bosques tropicales y andinos si el celo observador del ilustre botánico no hubiera ido á buscarlas para clasificarlas y darlas el sitio que les corresponde en los anales de la ciencia? De los Trichomanes ó Himenophillcs los más son suyos; el género Cyathea casi entero le debe la existencia; de 50 Nephrodics apuntados en la obra, 26 llevan el nombre de Sodiro; y lo mismo se pudiera decir, con la debida proporción, de los demás géneros. Pero es en el género "Acrcstichum" donde mostró nuestro esclarecido autor relevantes prendas de clasificador de mérito, me-

reciendo la clave analítica que encabeza dicho género, los más entusiastas encomios de los principales sabios europeos, entre ellos del distinguido Dr. Christ, eminente botánico suizo.

Al fin de la obra, puede verse un estudio, algo compendioso pero exacto, de la climatología y distribución geográfica de las criptógamas vasculares ecuatorianas, al cual siguen unas notas ó apuntes acerca de las propiedades y usos de algunas especies más conocidas.

670 especies se hallan descritas en el libro; y, sin embargo, el PADRE SODIRO no ha podido agotar, ni con mucho, la exuberante riqueza del suelo ecuatoriano. Prueba de ello son los varios opúsculos que el sabio botánico iba publicando en lo sucesivo con el título latino de "Sertula," en los que describe las plantas nuevas que continuamente descubría y que son como un suplemento forzoso de su grande obra "Criptogamae vasculares Quitenses" que, sin duda alguna, juntamente con los "Anturios ecuatorianos," es la mejor obra que ha producido la sabia pluma del PADRE SODIRO.

Pocos años hacía que el PADRE SODIRO había dado á luz su obra maestra que acabamos de estudiar y que le dió fama universal, cuando dió comienzo á la realización de una idea grandiosa, la de ir publicando sucesivamente una serie de monografías de familias ó géneros de nuestra Flora que comprendiera todo lo que hasta el día fuera conociendo de los respectivos grupos, ya que, por razones que él mismo aduce, le parecía una utopía por de pronto, emprender de un modo formal la redacción de una "Flora Ecuatoriana" completa. Bien conocía el infa-

tigable Botánico que el dar cumplimiento á semejante obra sobrepujaba sus fuerzas y que no alcanzaría su vida á darla feliz remate; pero no titubeó en echar los fundamentos, para que sobre ellos erigiesen sus sucesores el edificio científico que premeditaba, no dudando que llegaría el día en que, escudriñando todos los rincones de nuestro rico territorio, se podría presentar al mundo sabio una obra completa que reuniese en conjunto todas las riquezas y maravillas de nuestra Flora.

Mientras tanto iba reuniendo un copioso material, y fruto de sus desvelos y afanes son las monografías que publicó en el espacio de pocos años sobre las Piperáceas, los Anturios y las Tracsonias. De cada una diremos algo.

Es el Ecuador país fertilísimo en Piperáceas, entre las que se encuentran algunas especies interesantes por sus aplicaciones, como la Cubeba (Piper-cubeba) y la Simienta (Piper-nigrum); no es, pues, de admirar que llamasen la atención del Padre Sodiro y las dedicase su primera monografía. Se divide ésta en dos partes: en la primera, teórica y puramente científica, analiza y describe las plantas; en la segunda desciende á consideraciones prácticas. Empieza aquella por el género Piper: una clave analítica, de las llamadas dicotómicas, conduce en pocos minutos, mediante la elección de caracteres bien determinados, al conocimiento del nombre de la planta, cuya descripción minuciosa sigue después en latín y castellano. La 2ª parte estudia la distribución geográfica en el Ecuador y las aplicaciones prácticas de las Piperáceas. En dicha obra verá el lector asiduo la labor fecunda del Padre Sodiro, quien de las 231 especies descritas allí, des-

cubrió por sí solo más de 100 del todo nuevas para la ciencia y otras 50 que, si bien conocidas ya, no habían sido aun descubiertas en el Ecuador.— Adornan la obra fototipias cuya esmerada ejecución, llevada á cabo por el P. Cler, no desdice de los más acabados talleres europeos.

Si admiró al mundo científico la crecida variedad de especies descritas por el Padre Sodiro en la obra anterior, le sorprendió aun más la abundancia de otras clases de plantas, adorno de nuestros bosques, los Anturios, conocidos con el nombre vulgar de *Pucsis;* de tal manera que, al dar cuenta nuestro maestro de sus nuevos descubrimientos al insigne botánico alemán Engler, se mostró este un tanto incrédulo, hasta que tuvo que convencerse de la verdad viendo con sus mismos ojos los ejemplares de las plantas que le envió, el *Botánico ecuatoriano.* ¡Nada menos que á 256 llegan las especies descritas por él en la Monografía de este género, cuando en 1883 solo se conocía una especie de Anturio propia del Ecuador!

El método seguido en esta obra es el mismo que el de las Piperáceas, á saber: claves analíticas, seguidas de la descripción minuciosa, lugar de origen, etc. de cada una de las plantas. Un estudio profundo y comparativo de esta parte de nuestra flora, hecho sobre ejemplares vivos y teniendo á la vista las plantas en sus diferentes fases de evolución, indujo al Padre Sodiro á sentar la base de su clasificación de los Anturios, no sobre caracteres deducidos del organismo floral como lo hizo Engler, en su "Monografía de las Aroideas," á que pertenecen los Anturios, caracteres que si bien apreciables en el orden teórico, dan lugar á muchas dudas y aun equivoca-

ciones en la práctica, sino sobre la forma y nervación de las hojas; clasificación que á más de dar á éstas la importancia que se merecen en esta clase de plantas, tiene la ventaja de reunir en grupos naturales especies que no sólo se parecen en la forma exterior, sino también viven juntas en determinados climas y zonas.

Talvez encuentre el lector atento en los "Anturios ecuatorianos" alguna confusión en las descripciones de las plantas, debida á la dificultad misma de distinguir con seguridad, en esta clase, una especie de otra, como lo confiesa el mismo autor en el prólogo. Pero esos defectos no disminuyen el mérito de una obra que por lo nuevo de la materia y la profundidad con que está tratada, por lo esmerado de la redacción, por la elegancia y perfección de las láminas que la adornan, salió digna de su autor y contribuyó á realzar en el extranjero el nombre de la ciencia ecuatoriana.

Las Tracsonias forman un género aparte en la simpática familia de las Passifloras. Por la elegancia de sus flores, "sobresalen entre todos los arbustos de los declives andinos de ambas cordilleras, en los que tiene su residencia predilecta y gracias á sus largas ramas sarmentosas y trepadoras, revisten y amenizan con sus flores y su lozano follaje el aspecto adusto de los matorrales interandinos y con sus brillantes matices el monótono verdor de los bosques." (*) Plantas fructicosas todas ellas, fueron escogidas por el PADRE SODIRO para materia de la monografía III que escribió con el título de "Contribuciones al conocimiento de la Flora ecuato-

(*) Son palabras del mismo PADRE SODIRO.

riana." Después de un corto prólogo, describe el autor, según su costumbre, los caracteres generales del género que se propone estudiar, y, dividiendo la materia en dos secciones, pasa luego á describir minuciosamente 20 especies de Tracsonias, número relativamente crecido si se considera que es este un género propio tan solo de la América tropical. Así y todo, el Ecuador, gracias al PADRE SODIRO, posee ya, él solo, las dos terceras partes de las especies conocidas en América hasta ahora. De las 20 especies mencionadas en la monografía, siete son enteramente nuevas y llevan el nombre del autor; son también nuevas tres variedades de especies anteriormente conocidas. El método seguido por nuestro botánico en este opúsculo es el mismo que observa en todas sus obras. Cuatro láminas, primorosamente sacadas, ponen digno fin á este trabajo que, aunque pequeño en sí, es sin embargo, por su contenido, uno de los más bellos adornos de la Flora ecuatoriana.

Estos estudios le han valido renombre universal y por ellos ha merecido figurar entre las eminencias del saber, formando con dichos estudios el pedestal de su gloria sin mancilla que, sin quererlo, conquistara, buscando la ciencia por la ciencia misma, y hallando, en la consecución de sus investigaciones botánicas, el placer inmenso que otros buscan en inciensos vanos de charlatanes superfluos.

El profesor SODIRO no era de aquellos cuya elocuencia y bien decir arrastra en pos de sí la ignara muchedumbre, imponiéndose, de ese modo, á la admiración de los hombres; sino, todo lo contrario, su puesto de hombre superior lo debía á su calmada y silenciosa laboriosidad y

á su voluntad de hierro; pues á pesar de su avanzada edad, conservaba la virilidad de su espíritu y las energías de la juventud, impidiendo así que el natural aplanamiento de sus setenta años le obligara á dormirse sobre el recuerdo del pasado y continuó entusiasta su pesada labor hasta que la inflexible naturaleza le señaló su fin.

Como miembro de la Facultad de Medicina y en representación de ella, hago propio este duelo de la ciencia médica.

Sí, Señores, duelo y muy directo es para la Medicina la desaparición de ese entusiasta y útil colaborador de ella.

En efecto, todos los cuerpos vivientes, animales y vegetales, están sujetos á las mismas leyes de Fisiología general, porque la vida es para todos la misma, solo varía el funcionamiento: "Unidad vital, dualismo funcional;" así nacen, crecen, llegan á su completo desarrollo, se reproducen y mueren. Para completar esta evolución los seres vivientes mantienen relaciones necesarias con las cosas exteriores, con el medio ambiente, con todo lo que les rodea; mientras estas relaciones permanezcan regulares y equilibradas, los cuerpos vivientes llenarán ordenadamente su destino, permanecerán en estado normal y avanzarán, por la sucesión de las edades, hacia su término natural, la *muerte*. Cuando estas relaciones se desordenan, los seres se desequilibran y colocados en estado anormal, no pueden efectuar cumplidamente su evolución, se *enferman*. Ahora bien, el hombre es incapaz, en el mayor número de casos, de curarse por sus propias fuerzas, por la acción

de sola su naturaleza, y llama, entonces, en su auxilio una voluntad ilustrada, previsora que es el médico, que tiende á curar, mejorar ó siquiera aliviar á sus semejantes. Misión humanitaria, nobilísima, sublime; pero esta misión sagrada no pudiera efectuarla sin el concurso de colaboradores eficaces, ¿quiénes son esos colaboradores de las ciencias médicas? los naturalistas, obreros silenciosos, que unas veces vagando por los campos, atisban los secretos de la naturaleza y otras veces encerrados en la soledad de sus herbarios ó laboratorios, se dedican á estudios tan áridos y secos como los de la Botánica y la Química, para descubrir las propiedades inherentes á los cuerpos, sin aspiraciones de ningún género, sin compensaciones de gloria inmediata, sin remuneraciones tangibles, ni siquiera la del dinero.—Mineros ocultos que abismados en el estudio, encuentran en las profundidades de la ciencia hermosos brillantes que otros hombres irán á lucir muy lejos y sin acordarse quizá de que aquellos se los deben.

El Médico, ese sacerdote de la ciencia, es el que aprovecha, en favor de la humanidad, los inapreciables conocimientos que le ofrecen las ciencias auxiliares de la Medicina, proporcionándole los medicamentos que son las armas con las que cuenta el médico para luchar contra ese enemigo natural del hombre, la enfermedad. Entre esas ciencias figura, talvez en primera línea la Botánica, en la que el eminente Sodiro ha hecho importantes y numerosas conquistas, que muy pronto producirán benéficos resultados, si los médicos, sobre todo los de nuestra querida patria, saben aprovecharlos para la consecución de sus filantrópicos fines.

La Botánica, junto con las otras ciencias

naturales, forma también la base fundamental de la Filosofía; porque cada una de las ciencias físicas es la síntesis de un conjunto determinado de conocimientos con sus razones explicativas, y la Filosofía es la síntesis de esas síntesis.

Las ciencias particulares abrazan el estudio igualmente particular de un grupo más ó menos circunscrito de cosas; consistiendo, así, en un conjunto de hechos ó fenómenos del mismo género, que la inteligencia del hombre recopila y clasifica según sus analogías y semejanzas, como están reunidas y subordinadas en la misma naturaleza.

La Filosofía, ciencia de las ciencias, abarca y encierra á todas ellas; tiene el carácter de universalidad.

Ciencia, según Bescherelle, es el conocimiento claro y cierto de alguna cosa, fundada ó sobre principios evidentes por sí mismos ó sobre demostraciones. Augusto Conte decía que "Filosofía es el estudio de las generalidades científicas, generalidades de las diversas ciencias concebidas como sujetas á un método universal y como formando las distintas partes de un plan general de investigación."

De manera que, los progresos de las ciencias naturales afectan directamente á la filosofía, señalándole nuevos rumbos, abriéndole amplios horizontes para sus investigaciones; puesto que la inteligencia humana por ley de su propia organización y por la similitud de todas las fuerzas físicas, que son siempre correlativas entre sí, tiende á unificar los diferentes resultados de sus investigaciones científicas por los carac-

teres que les sean comunes, es decir, tiende, en último término, á formar filosofía, que es su coronamiento.

Las ciencias todas exigen la certeza de los fenómenos y se logra cuando nos damos cuenta exacta de la razón por lo que ellos son lo que son.

Esta influencia evidente de las ciencias particulares en la Filosofía, se ha hecho más palpable desde que empezó el período de decadencia de la Escuela escolástica, con el Renacimiento de la Filosofía y la literatura, la reforma protestante y sobre todo con el estudio práctico, objetivo de las ciencias experimentales; así Giordano Bruno (1.541—1.602) y Tomás Campanella (1.561—1.626) en Italia, Bacón (1.561—1.626) y Hobbes (1.588—1.679) en Inglaterra y Descartes (1.569—1.650) en Francia, junto con sus numerosos admiradores Pascal Mallebranch, Leibnitz, etc., fueron origen de una revolución filosófica, germen de la "Filosofía moderna," la que con Kant y Hegel en Alemania; Compte, Littré y Taine en Francia y Herbert-Spencer en Inglaterra, hanhecho importantísimos y constantes progresos en el siglo XIX.

Los métodos que han servido de guía para el estudio de las ciencias positivas, se han extendido al estudio de la Filosofía, ciencia igualmente experimental; y de dichos métodos el más importante es el de la *inducción*, método analítico-sintético, que consiste: 1º en la percepción de los objetos ó mejor de los fenómenos por medio de los sentidos exteriores; luego la observación intelectual; en seguida viene la repetición del fenómeno, la experimentación, para deducir de ella la relación de causalidad que compruebe la

intuición subjetiva, y formular entonces las proposiciones generales y enunciar las leyes respectivas á las que obedecen los hechos; puesto que, los fenómenos se producen siempre en iguales condiciones y en determinadas circunstancias y no merced á la simple casualidad. Muchos hechos no pueden demostrarse inmediatamente, ya sea por falta de conocimientos especiales en la materia ó porque no se disponga de los medios suficientes ó de aparatos tan precisos que ayuden á su comprobación, y quedan ó pertenecen aún al campo de la mera especulación; entonces se coloca una operación intelectual intermedia, la *hipótesis*, que es una tentativa de explicación, teniendo como consecuencia la *teoría* que conducirá á la verdad.

La observación, la hipótesis y la experiencia son, pues, los principales factores del progreso científico.

De esta suerte Galileo descubriendo las vibraciones isócronas del péndulo, Keples y Newton la gravedad, Copérnico el nuevo sistema planetario, Pasteur probando lo absurdo de la generación expontánea, etc. han contribuido eficazmente para que se efectúe esta clase de transformación ó evolución científica de la Filosofía. Y me atrevo á decir, que ésta utilizará bien pronto los descubrimientos de Sodiro.

No concluiré Señores, sin insinuar al Supremo Gobierno que en el Concurso Internacional que debe verificarse en la magna fecha de nuestra independencia, señale el puesto de honor al herbario y á las obras del eminente botánico.

¿Por qué las artes han de estar solas, cuando las ciencias, con manto real, deben estar allí protegiéndolas? (*)

Quito, Junio 23 de 1909.

Carlos Alberto Arteta.

(*) Después de leído este discurso, el Sr. Dr. Dn. Francisco Martínez Aguirre, Ministro de Instrucción Pública, se sirvió indicarme que el Supremo Gobierno había ya con anterioridad pedido esas obras para ponerlas en lugar preferente en la Exposicion.

DISCURSO

del Sr. Dr. Dn.

Francisco Chiriboga B.

DELEGADO DE LA FACULTAD DE JURISPRUDENCIA

SEÑORES:

SUCEDE con los hombres superiores por sus virtudes, por su ilustración ó por su talento, lo que con los robles seculares de la montaña.

Cuando éstos se hallan todavía en pié; la exuberante feracidad de la selva impide el que pueda admirárseles en toda su magnitud; su follaje aparece entrelazado con el de los demás árboles que le circundan, confundiéndole un tanto con ellos, y la espesura del bosque parece como que les ahoga y no les permite destacarse, ante el viajero, en toda su imponderable grandeza. Mas, cuando el hacha del leñador carcome sus raíces y los derriba al suelo, ó cuando la nube preñada de tempestades lanza sobre ellos la chispa aterradora y les hace inclinar su copa hacia la tierra; entonces, sí, podemos apreciar, en toda su plenitud, lo gigantesco de sus ramas, el enorme espacio que ha ocupado entre la selva y las galas y primores con que á la Naturaleza plugo enriquecerles.

Tal acontece con el hombre de mérito. Mientras alienta en su ser la llama de la vida; mientras se confunde su existencia con la de la compacta muchedumbre que le rodea; difícilmente se le mira destacarse por entre los demás hombres; parece que sus merecimientos se hallan como entremezclados con los de los otros seres que se alzan junto á él, y sus virtudes y talentos no son aquilatados en todo su valor. Pero, acerca hacia él, la Muerte, sus horripilantes pasos; le postra con su guadaña inexorable . . . . . y se nos presenta, entonces, clara, majestuosa, su gigantesca figura.

Estas reflexiones han asaltado mi mente al ver desaparecer del escenario del mundo á un hombre verdaderamente superior: al R. P. Luis Sodiro, miembro conspicuo de la por mil títulos benemérita Compañía de Jesús.

Sí, el eminente sabio, cuya desaparición eterna ha deplorado la sociedad ecuatoriana, sin distición de clases y personas, poseía un conjunto de prendas y de méritos personales nada comunes.

Idólatra del saber, se dedicó, desde su juventud, á cultivar sus altas facultades intelectuales con diversos y fecundos conocimientos. Y, conocedor, más tarde, de que sus aficiones le llevaban al estudio de la Naturaleza, se entregó con tesón—como lo sabéis—á la ciencia de Linneo y D' Candolle, y se contrajo á ella con tal asiduidad, que llegó á ocupar—quizás sin pretenderlo—puesto prominente entre los más sabios botánicos del mundo.

Encontraba sus placeres y delicias en la investigación exacta y concienzuda de la flora

cuatoriana; en el descubrimiento de una nueva clase, de una nueva familia, de un nuevo individuo del gran reino vegetal. Ya se le veía trasmontar nuestras escarpadas cordilleras oriental ú occidental, sin que le arredraran los rigores de la intemperie ni las sordas tempestades, que se desatan frecuentes en las cúspides andinas. Ya se le miraba recorrer las cálidas regiones del litoral, saturadas de peligros, en ciertas estaciones del año, por los miasmas deletéreos que despiden sus pantanos, sin que retrocediera jamás ante la consideración de que en esas excursiones pudiera acaso encontrar la muerte . . . . . Y todo, por ampliar más y más sus investigaciones, por enriquecer incesantemente sus conocimientos, por servir de alguna manera á la Nación que le había llamado á su seno, por dotar á las ciencias naturales con algunas obras, productos de su ilustrada pluma, y por saciar, algún tanto, aquella sed de sabiduría, que interiormente le devoraba.

Y ¡qué ciencia tan útil á la que había dedicado todas sus energías! . . . . Una ciencia descubridora de múltiples secretos de la Naturaleza, que servirán, más tarde, de fundamento para que la alquimia encuentre en ellos un venero inagotable de salud, de vida, de lenitivo para las dolencias físicas de la humanidad.

Tanto más digno de encomio es el haberse dedicado á esta clase de estudios, cuanto que, en la actualidad, por desgracia, de nada se preocupan tanto los hombres, como de descubrir los medios más rápidos, más apropiados para aniquilarse, para destruirse los unos á los otros. Leed, si no, las crónicas universales de estos últimos tiempos. ¡Cómo se ingenian los hombres para producir, día á día, instrumentos ca-

da vez más adecuados para difundir entre sus semejantes la desolación y la muerte! Si parece que la humanidad hubiera sido creada para odiar á la humanidad; y no para estrecharse entre sí con lazos indisolubles, ni para buscar unidos, los hombres, los medios más conducentes á la felicidad común, ni para marchar incesantes, apoyados los unos por los otros, á las gloriosas conquistas de la civilización!

Y aquellos medios de destrucción y de muerte, no siquiera se los inventa con la mira de defender el derecho contra las asechanzas de sus conculcadores. No, tampoco, con la de proteger la vida, la libertad, el honor y los demás derechos esenciales de los hombres; ó la integridad y soberanía de los Estados contra las ambiciones de los poderosos. Esos medios de destrucción y de muerte se los inventa, se los perfecciona, en ocasiones, para lanzarse con ellos á la conquista de lo ageno; para vejar y oprimir al débil; para desconocer toda obligación para con el menos fuerte, ya sea éste individuo ó nación; para hacer que prevalezca—según la frase demasiado común pero muy significativa—el derecho de la fuerza sobre la fuerza del derecho.

Ahí está, como comprobación irrefutable de lo que acabo de expresar, la historia de varias naciones del globo en las agonías del siglo próximo pasado y en los albores del presente.

Contrista el ánimo, en verdad, observar que mientras algunos ingenios portentosos se esfuerzan—en cuplimiento de su sagrada misión—en sorprender los secretos de la Naturaleza, para hacerlos servir en bien de la humanidad; en acortar las distancias, para agilitar el comer-

cio; en proporcionar á la industria los elementos aptos para su engrandecimiento; en escalar las alturas de la atmósfera, para burlar toda valla que pretenda oponerse al progreso humano; en destruír los maléficos gérmenes que pudiera corroer ó matar nuestro organismo; en descubrir nuevos horizontes para la fecunda ciencia del Derecho, y en dar alguna solución acertada á los candentes problemas sociales, que hoy agitan á todos los pueblos del universo . . . . . .; haya otros que mediten sólo en desolar los hogares; en atizar la discordia entre individuos ó naciones; en multiplicar los medios de exterminio, á fin de ostentar por donde quiera el fúnebre espectro de la muerte, y en procurar, así, que retrocedan los pueblos á los tenebrosos tiempos de la barbarie.

¡Oh!, si algún día iluminara á la humanidad toda, la antorcha de la sensatez y de la confraternidad sincera!

¡Oh!, si se hundieran para siempre, en las simas más oscuras, los odios, los rencores, las desastrozas rivalidades de los hombres!

¡Oh!, si luciera para todos la aurora de la regeneración social, convencidos de que los únicos lazos que no deben desatarse jamás, son los del respeto mutuo, los de la tolerancia recíproca y los de una eterna y fraternal concordia!

* * *

Mas, insensiblemente me he separado del objeto de este discurso, llevando vuestra ilustrada y benévola atención á otro orden de ideas. Servíos disculparme; ya que el anhelo del ma-

yor perfeccionamiento humano—si bien pudiera calificarse hoy de utópico—germina expontáneamente en todo espíritu recto, en todo hombre de bien, y no siempre puede quedar oculto en las reconditeces de nuestro corazón.

Volvamos á lo que hoy nos ocupa.

La agricultura ecuatoriana, esa fuente fecunda de riqueza, que constituye, á no dudarlo, la mejor esperanza para el porvenir económico de la Nación, le debe al R. P. Sodiro incalculables servicios; ya que difundió los conocimientos relativos á la prosperidad é incremento de ella, en las sabias conferencias dictadas desde la cátedra universitaria, en las monografías que, de vez en cuando, daba á luz acerca de este particular y, sobre todo, en los oportunos y acertados consejos con que benévolamente auxiliaba á nuestros principales agricultores, que acudían á él para resolver sus dudas ó para proceder con acierto, mediante su dirección, en las mejoras y proyectos agrícolas que trataban de realizar.

Y no sólo fué el R. P. Sodiro un varón eminentísimo por su saber, sino también altamente respetable por su acrisolada virtud.

Bien comprendéis que, sin ésta, la ciencia misma es muchas veces perjudicial; pero unidas las dos—ciencia y virtud—bastan para engrandecer á un hombre y colocarle á una altura inmensurable.

Las múltiples virtudes del R. P. Sodiro se hicieron ostensibles, ya en su incesante dedicación al cumplimiento de sus deberes; ya en su cariño para con el Ecuador, su segunda patria —como él la denominaba—á la que trató de ser-

virla y enaltecerla de diversos modos; ora en su afabilidad y dulzura excepcionales, que se revelaban hasta en su apacible semblante, ora, principalmente, en la severidad de sus costumbres, excentas de toda mancha.

¡Ah!, Señores: ésto constituye, para mí, mayor mérito aún, que dedicar toda una existencia á las faenas del estudio, á pesar de ser ello tan digno de alabanza.

Permitidme que repita aquí lo que expresé, á este respecto, en otra ocasión tan solemne como la actual:

"Nada hay más admirable ni más digno de galardón que la virtud, por lo mismo que es tan difícil poderla practicar."

"Vencer en los campos de batalla contra heroicos enemigos que agotan sus esfuerzos para obtener los laureles del triunfo, es, verdaderamente, árdua y asombrosa empresa; merecer la palma en las luchas del pensamiento, en las que se guerrea con la palabra ó con la pluma y en las cuales se trata de apoderarse del inexpugnable castillo de las convicciones agenas, es mucho más honroso y difícil todavía; pero alcanzar la victoria en la constante y fatigosa lucha con las propias pasiones, es, sin duda alguna, ascender á la cumbre del más admirable de los heroísmos, pisar el último peldaño en el sendero de la verdadera gloria y hacerse merecedor á la envidiable corona de la inmortalidad."

* * *

Os decía, al comenzar esta sencilla alocución, que cuando el árbol secular se viene á tierra,

permite apreciar su grandeza por el enorme claro que deja en la montaña. ¡Ah!, y ¡qué de destrozos ocasiona su caída! . . . . . . De los arbustos que crecían á su sombra, mueren unos despedazados por el desplome de su protector y se agostan los demás, porque reciben ya directamente los ardorosos rayos del estío. Las aves, que trinaban antes entre sus frondas, huyen despavoridas á refugiarse en otros árboles acaso inferiores, y, al verse sin su nido, callan, entristecidas, por algún espacio de tiempo.

Sumido el sabio en las misteriosas profundidades del sepulcro, las inteligencias juveniles, que se erguían á la sombra de sus instrucciones, decaen, se agostan, ó, al menos, permanecen, por de pronto, estacionarias en su desarrollo; y la ciencia, que fué de la predilección de aquel, vuela, cual ave fujitiva, á posarse en otros cerebros talvez menos fecundos, permaneciendo también ella, siquiera sea por breve tiempo, lánguida y enmudecida.

Así acontecerá, sin duda, con aquellos conocimientos, que fueron enriquecidos por el R. P. Sodiro con sus importantes obras. ¿Quién continuará, entre nosotros, su fecunda labor? . . . . . . ¿En qué cabeza irán ellos á posarse, ya que ha caído para siempre el nido en que se albergaban en nuestra patria? . . . . . . ¡De seguro que también ellos plegarán sus alas en señal de duelo!

* * *

Profunda y sólida ilustración; talento claro: austera virtud, jamás desmentida; cumplimiento infatigable de sus altos deberes; cultura y

educación esquisitas; bondad ingénita del corazón . . . . . . ¿no fueron éstos los principales méritos del eximio sacerdote, cuya muerte unánimemente lamentamos? . . . . Y, decid, Señores, ¿puede, acaso, exigirse más de un hombre, para que sea acreedor á la veneración de sus semejantes y para que penetre triunfante y sereno en el privilegiado templo de la gloria? . . . .

Basta ya: no quiero fatigaros demasiado; y, para terminar, os diré que si he ocupado hoy esta honrosa tribuna, sin merecimiento alguno de mi parte, ha sido sólo porque he venido á cumplir con un sagrado deber; ya que la Honorable Facultad de Jurisprudencia de esta Universidad tuvo á bien designar al último de sus miembros para que la representara en estos momentos, en que se trata de pagar una deuda de gratitud á uno de los profesores que más han honrado la cátedra universitaria, y de tributar, al propio tiempo, un homenaje público á su memoria.



Señor Ministro de Instrucción Pública,

Señor Rector de la Universidad,

Señores Profesores,

Señores:

FENÓMENO tan estudiado por el hombre de Ciencia, como inexplicable para él es el de la vida; y fenómeno unido y relacionado con la vida, es el de la muerte.

Murió el PADRE SODIRO; y felices debemos llamarnos quienes tuvimos á honra cultivar su inapreciable amistad.

Él, varón sabio, justo y austero, despertaba el afecto y la admiración de cuantos se le acercaban.

Qué tiempo tan bien aprovechado el que se empleaba aprendiendo en su conservación sencilla un cúmulo de verdades científicas, fruto del prolongado estudio que hizo de nuestra naturaleza! . . . .

¿Cuál de entre vosotros no está de acuerdo conmigo, cuál no siente honda emoción en su pecho al pronunciar estas palabras: Murió el PADRE SODIRO!

El sabio fundador de la Escuela Politécnica de Quito, ya no existe.

La Patria agradecida y consternada deplora esta desgracia, esta desaparición, este vacío, que nadie puede llenar y si esta pérdida afecta al Ecuador entero, más de cerca le toca á la Universidad Central, tan querida por el PADRE SODIRO, donde derramó tantos torrentes de luz . . . . .

¿Quién como él mereció el nombre de Maestro? ¿Por ventura alguien podía enseñarle en la basta ciencia que á fondo poseyó? ¿Quién se consagró con más ahínco durante su larga existencia á las arduas labores que exige el serio estudio de la Botánica?

Dedicar toda una vida á la Ciencia, con la más pura abnegación, no lo hacen sino las almas grandes, los espíritus nobles, los hombres superiores como el PADRE SODIRO . . . . .

Con que lenguaje tan sencillo; con que admirable espontaneidad en una conversación familiar trataba los más árduos problemas de la Ciencia. Resolvía una consulta científica con la misma facilidad con que recitaba una oda completa de Horacio ó un canto de Virgilio.

Con qué extraordinaria constancia difundió la Ciencia en el Ecuador por espacio de más de cuarenta años. La flora ecuatoriana fué la ciencia que absorvió su precioso tiempo.

Dotado el PADRE SODIRO de clarísimo talento y privilegiada memoria, conocía á fondo la Química, la Geología, la Meteorología, la Zoología, la Eutomología, la Zootecnia y la Agronomía.

Sabio en la más ámplia acepción de la palabra, no hacía ostentación de sus conocimientos ni su profundo saber. Con la más ingenua modestia exclamaba: "¡Qué poco he estudiado de la prodigiosa flora ecuatoriana: Como un asnillo, cansado de fatiga, hambreado toma al paso, en los bordes del camino, unos bocados de yerbas para entretener el apetito, así, decía el sabio, he tomado por aquí y por allí un manojo de plantas para estudiarlas: todo el camino está aún por recorrer!" ¡Sabio sublime y admirable que te comparabas con el popular símbolo de la inercia y la nulidad, mientras que los necios y los fátuos se juzgan águilas que se ciernen en los espacios de la inmortalidad! Tu prodigiosa actividad y vigor gastados en el estudio de la Botánica, tus incomparables conocimientos eran para tí apenas un bocado con que saciabas tu incontenible hambre de la Ciencia . . . .

La ardua y penosa labor de cerca de 70 años empleados en el estudio, fué en concepto del sabio apenas un humilde óbolo aportado al inconmensurable tesoro de la Ciencia, un tenue rayo de luz con que contribuyó á iluminar el limitado entendimiento del hombre.

Las ciencias naturales, tan descuidadas en nuestro país, que como ningún otro está dotado de exuberante material en sus tres reinos Mineral, Vegetal y Animal, ¿dónde encontrarán, después del humilde sabio, quien las contemple, quien las admire, quien las estudie, con tesón y perseverancia? . . . . . .

La flora Ecuatoriana está como si dijéramos en orfandad. ¿Cómo podría un profano en la ciencia un espíritu superficial hacer en corto tiempo la clasificación y formación científica, de

una flora nueva, ignorada en todo el mundo, y para las cuales no fué suficiente la ordinaria labor del PADRE SODIRO?

Para un hombre vulgar basta el imaginarse que en sus manos cayó el primer espécimen de una planta, de un insecto ó de un mineral, y al momento, con el fingido talante de hombre de saber, luce hinchada magistralidad, toma el aire de pensador y la calma estudiada; y el PADRE SODIRO ¿cuántos centenares de plantas ha descubierto y ha estudiado?, cuántas obras ha escrito, cuántas admirables monografías y certulas botánicas le han arrancado aplausos de los centros sabios de Europa?, cuántas veces el nombre del Ecuador no ha sido conocido sino por el nombre de PADRE SODIRO?

Con que satisfacción me extendería en este censillo discurso exponiendo no los caracteres fitotécnicos, sino las propiedades todas y las ventajas que entre nosotros pueden reportarnos plantas como las poas mulalensis, las poas pichinchensis, cuyo descubrimiento se debe á las arduas labores de quien tanto se afanó por la prosperidad y riqueza de nuestra Patria; pero como no debo cansar mucho tiempo vuestra benévola atención me limitaré á rogar á la juventud ecuatoriana para que recoja la herencia del PADRE SODIRO, para que, consagrándose al estudio de las ciencias naturales, rinda el mejor tributo á la memoria del llorado sabio, para que, estudiando y cultivando nuestras riquezas, logre colocar al Ecuador en la próspera y traquila situación que le corresponde.

Y la juventud ecuatoriana, noble y generosa, cuando vea á su Patria feliz y rica, no olvide al

sabio humilde é inmortal que con su inmenso saber, su constancia y abnegación, esparció con robusta mano las semilias de donde debían brotar en el suelo ecuatoriano el amor á la ciencia que engrandece á las naciones, y la riquiza que trae el bienestar para sus hijos.

Alejandro Villavicencio Ponce.

Señor Ministro de Instrucción Pública,

Señor Rector de la Universidad,

Señores Profesores,

Señores:

PERMITIDME que en nombre del cuerpo religioso á que pertenezco, y en el de todos mis compañeros residentes en Quito, cumpla en este momento solemnísimo el deber sagrado que nos impone á todos los hijos de la Compañía de Jesús una gratitud profunda y religiosa para con todos y cada uno de vosotros.

Acabamos de celebrar las exequias que os habéis dignado consagrar á la fresca memoria del P. LUIS SODIRO. Cuanto signifique este sólo acto, déjolo á la penetración de vuestra sabiduría . . . .

En cuanto á mí, pienso que estas exequias honran más al Ilustre Cuerpo Universitario que las ha decretado que no al mismo fallecido; y son para nosotros los hijos de la Compañía de Jesús un consuelo positivo en medio del justo, pero resignado dolor que nos causó su pérdida.

En efecto, Señores, habéis celebrado estas exequias en nuestro vecino templo, y la celebráis aquí en este salón de actos. El templo representa la Fé y este salón la Ciencia: en el Templo resuena directamente el Verbo de Dios, y en las aulas la voz de la Razón. Vosotros habéis honrado al P. SODIRO, escuchando en el Templo al Verbo de Dios, y disponiendo que la voz de la Razón tenga también aquí su digna resonancia. De este modo probáis con noble desenfado que reconocéis la fraternidad legítima de la Fé y de la Razón como hijas del mismo Padre que mora allá en los cielos.

Y éste es nuestro más positivo consuelo en la ausencia de nuestro inolvidable hermano y Compañero P. LUIS SODIRO. Si los alumnos de la Compañía de Jesús consagran todas sus fuerzas intelectuales al cultivo esmerado de las ciencias sagradas, si juntan á ellas el asiduo y muy penoso estudio de la enciclopedia de conocimientos puramente empíricos, que tanto priva hoy en el mundo, ellos no se proponen otra cosa que encauzar en sí mismos las corrientes impetuosas del movimiento intelectual de la época, salvando siempre los supremos intereses de la perfecta alianza de la Fé y de la Razón.

Esto y no otra cosa hizo el R. P. LUIS SODIRO en su larga permanencia en nuestra amada República del Ecuador. Esto y no otra cosa habéis celebrado hoy en él . . . . y este es nuestro consuelo en su muerte.

Ojalá los que quedamos, hermanos y compañeros del R. P. SODIRO, podamos seguir las luminosas huellas que él nos ha dejado; ojalá podamos como él, servir á la Fé, á las ciencias y al Ecuador.

Os repito, Señores, indeleble queda en mi corazón grabada la gratitud para con todos y cada uno de vosotros, por las manifestaciones de aprecio que os habéis dignado tributar á la me. moria de nuestro querido hermano y Compañero, el R. P. LUIS SODIRO.

He dicho,

Juan Cañete, S. J.

DISCURSO

pronunciado por el autor en la velada fúnebre dedicada, por los jóvenes universitarios de la ciudad de Quito, á la memoria del profesor nacional

Dn. RAMÓN FLORES ONTANEDA

EL DÍA 20 DE MAYO DE 1908

EL AUTOR

DEDICA TAMBIÉN ESTAS PÁGINAS Á LA MEMORIA DEL SABIO PROFESOR

R. P. Luis Sodiro, S. J.

Fundador de la Botánica Ecuatoriana.

Señor Rector,

Señores:

EN el decurso de este acto ameno y solemne, dedicado por el civismo generoso y entusiasta de la Juventud Universitaria, á honrar la memoria del malogrado profesor nacional Don Ramón Flores Ontaneda; la música, la poesía, y la oratoria han deleitado mis sentidos y mi mente, y, á la vez, hánme transportado, en las alas de las reminicencias y de las ideas, á los campos de feliz reposo del espíritu, que el simbolismo griego consagró á los manes de los varones ilustres: al recinto de los Campos Eliseos. Se me

figura que veo esos Campos, siempre frescos, lozanos, primaverales y serenos; siempre bellos y en el perenne mediodía de un sol propicio, cuya luz, blanca y suave, es claridad y melancolía, ensueño y realidad, deleite y contemplación. Veo las aguas cristalinas é inmaculadas de esos sitios; el oro de sus mieses; el iris de sus flores; la felpa brillante de la esmeralda de su cesped; los palacios augustos de sus boscajes y umbrías seculares; y siento en mis ojos la transparencia del espacio y el azul de su cielo serenísimo. No entra el Tiempo á ese paraíso, en cuyo ambiente límpido y perfumado, duerme el Silencio, al arrullo de himnos y elegías dulces y quedas, de una música invisible: música tranquila, como la felicidad; melancólica, como la paz; grata, ccmo la vida sin zozobras: acorde, como la armonía del panteísmo del espíritu en la naturaleza: que así veo esos Campos ideales. en esa armonía, en esa comunión íntima con las sombras intangibles de los espíritus que los frecuentan; compenetrados, unos y otros, de esa vida común, de esa luz, de esa belleza y paz eternas, serenas é inmutables; de esa música, de notas y ecos en mutua concertada y apacible correspondencia: canto y diálogo de los séres y de las cosas, confundidos en el Alma inteligente de la naturaleza.

Por estos estrados, convertidos, por el sentimiento y el arte, en Campos Eliseos del recuerdo, ha cruzado ahora la sombra blanca del espíritu del profesor Flores Ontaneda: se ha detenido entre nosotros; he visto su frente laureada y su faz de sabio, y le he sentido deslizarse, y volver, luego, á su paso de Dante, peregrino de la ciencia, camino del *más allá.*

Y, bien, señores: apliquemos este símbolo al sentimiento y al concepto que debe tener el hombre, de la vida y de la muerte, y de su ulterior destino, en el movimiento progresivo de la naturaleza, regida por la Inteligencia Universal,—de la cual inteligencia es un rayo, una chispa, una flama la inteligencia individual; y es un Sol inmenso y fecundo y creador, la inteligencia del espíritu humano.

La semilla selecta de sí una planta culta, una flor viva, bella y fragante, un fruto rico, sabroso y aromático, de cuyo seno vuelve, á la entraña fecunda de la tierra, una simiente más fuerte, para nueva y más noble generación. El individuo corpóreo muere, se disgrega, se transforma, pero deja en pos de sí, con la esencia misma de su ser, todos sus atributos y cualidades, en indefinidas generaciones, cuyas excelencias viven en los eternos Campos Eliseos de la naturaleza; que en su regazo perdura, en real animación de vida y brillantez, el recuerdo tangible de los séres, y de las cosas.

La selección natural, ley sabia de la vida, tiene, indudablemente, una aplicación de trascendencia universal: no se limita, en nuestra humilde opinión, al desarrollo y perfección de los séres y de las cosas del mundo visible. Esa selección es resorte secreto, pero poderoso, del perfeccionamiento del Universo en la integridad de sus elementos inteligentes. El espíritu cultivado en la ciencia, es luz progresiva en la Tierra que habitamos, en la Humanidad y en el Todo Universal; y al desprenderse de la forma en que vive aquí, vuela á una nueva misión, por el mundo eterno é infinito de la existencia, hacia los Campos Eliseos de la perfección. Sólo en esta hipótesis, grata á la razón y á la con-

ciencia, y conforme con la Ley eterna de la justicia y de la equidad, puede el hombre consolarse del dolor y de la muerte, en la esperanza de la realización de sus anhelos íntimos. Sólo así se explican esos anhelos indeterminados, pero sublimes é infinitos, que sienten á la vez la mente y el corazòn del hombre: anhelos de grandeza é inmortalidad, por el bien, que no pueden limitarse, en su destino, á la estrechez mezquina de espacio y de tiempo, de la vida del planeta. Anhelos tan nobles, don tan excelso en un espíritu tan sagaz clarividente y perfectible, como es el espíritu del hombre, no pueden ser vanas cualidades, destinadas á producir efectos efímeros. Esas aspiraciones arrebatadas é incontenibles del espíritu humano,—genio que en la historia de los siglos, se ha mostrado superior al espacio, al tiempo, á la distancia, al mundo y á la muerte—son, á la vez, la revelación y la promesa de un destino ulterior de progreso y felicidad infinitos, fuera de la morada de la Tierra.

La ciencia es la verdad en la Inteligencia del Universo: ciencia positiva del bien por la salud, la moral, la paz, el orden, la justicia, la equidad, la armonía, el progreso y la perfección, en el altruísmo del hombre por el hombre, del hombre por los séres y las cosas: del espíritu por el espíritu, en el acervo común de la existencia y de la vida infinitas. Nada se crea, nada se pierde: todo vive y existe y se perfecciona, en mutuo auxiy en mutua relación íntima. La ciencia, que prepara, en la Tierra una morada de salud, paz, moral, justicia, bondad, amor y armonía, para los hombres los séres y las cosas, prepara, al mismo tiempo, al espíritu humano para un destino ulterior de perfección altruista en el seno de lo infinito. Perecerán millones de individuos humanos, y sus espíritus imperfectos y retróga-

dos, relegados por la selección universal, vagarán, en el caos del principio, á recomenzar su carrera evolutiva; pero el espíritu cultivado, chispa vívida del espíritu humano, ascenderá siempre hacia el *Norte* de la perfección, en la conciencia de su felicidad suprema.

En estos tiempos de luchas horrendas y de combates sangrientos, señalada en la Historia por cataclismos y catástrofes sociales y cósmicas, se siente la transformación de la humanidad hacia el bien; y, fuera del campo de las luchas y de las guerras que, envenenando la tierra y el aire, encienden las pasiones enconadas, el interés y la corrupción; se ve cómo crece y se esparce en el globo la falange heroica y aguerrida de los luchadores de la ciencia, empeñados en el apostolado del bien y en la conquista de la verdad; esto es, del progreso y de la civilización. En esa falange hay héroes y mártires, tan modestos y resignados, tan resueltos valientes y abnegados, tan grandes en su vocación y en su destino, que su gloria, su inmortalidad, superan, en la conciencia y la razón de la naturaleza, las glorias más puras de la Historia. La nube de la tempestad; las alturas del éter; las profundidades del océano; las soledades heladas del polo; las ardientes arenas del desierto ilimitado; la espesura salvaje de las selvas; el azur enigmático de lo infinito: el mundo del dolor; el aislamiento ascético de los estudics más austeros; de los cálculos más impenetrables; las páginas del libro eterno de la naturalza, en cada espíritu, en cada sér, en cada cuerpo, en cada cosa: la sala, en fin, del laboratorio, en el cual, cada aparato, cada frasco, cada placa, encierran una chispa, un éter ó una toxina mortales, de donde hay que desentrañar una ley ó un elemento nuevos de vida y perfección,—he allí

los campos en que luchan y combaten los tercios pacientes y abnegados, pero aguerridos, de la ciencia del bien. Ese trabajo, esa labor, esa lucha, ese martirologio, ese heroísmo sublime y fecundo, son gratos á la humanidad y á la naturaleza: no se pierden, no se perderán jamás en la obra eterna del progreso universal. Los trabajadores de la ciencia, los maestros, los sabios, son inmortales en la inmortalidad del Universo.

El espíritu de Pasteur, llamado por Sully Prudhomme, Hércules vencedor de las hidras invisibles del dolor y de la muerte, vive en los Campos Eliseos de la ciencia, que es la verdad en la razón y en la conciencia del Ser.

Pasteur dejó discípulos y apóstoles; y, entre ellos, apóstol y discípulo, fué (quizás, el más modesto, pero no menos glorioso) el profesor ecuatoriano Ramón Flores Ontaneda, mártir de la ciencia al servicio de la humanidad, en la campaña heroica emprendida por él contra la peste negra, que ha tres meses invadió la hermosa y rica ciudad de Guayaquil, primer puerto de la República.

Hace hoy un mes, que Ramón Flores Ontaneda sucumbió en la lucha por la ciencia y por el hombre. En tan triste aniversario, nos hemos reunido á quí á honrar esa memoria venerada y querida, en este acto, á la vez fúnebre y bello, iniciado y llevado á cabo por vosotros ¡oh jóvenes! patriotas, generosos y altruistas. Y, bien: en los Campos Eliseos de la inmortalidad, siguiendo las huellas de los espíritus sabios de todos los tiempos, hasta Pasteur y sus discípulos y apóstoles, va el espíritu de Ramón Flores Ontaneda hacia el Norte de la sabiduría del Universo. Cultivad vuestro espíritu,

¡oh jóvenes! engrosad luego las filas de los luchadores de la ciencia del bien. Vuestra misión es alta, elevada, excelsa.

Cultivad vuestro espíritu en el silencio y en el apartamiento del estudio, del análisis y la meditación, ante el libro eterno de la naturaleza, y levantaos sobre las multitudes en la obra del apostolado del bien; del altruismo del hombre por el hombre, del hombre por los seres y las cosas: del espíritu por el espíritu, en el seno del Cosmos eterno. Haced de vuestra inteligencia una ala ágil y poderosa que, tras la prueba del mundo, en que se arrastra, como el albatrós cautivo de Baudelaire, levante el vuelo de ascensión hacia lo infinito, libertada por la mano de la Muerte, guardadora discreta y sabia de los secretos maravillosos *del más allá.*

INÉDITOS conservé, hasta ahora, estos conceptos, desde que, hace más de un año, os los dije en el Salón General de la Universidad; mas, ahora que el sabio profesor, el Ilustre PADRE SODIRO, ha dejado de ser, y que, siguiendo vuestros generosos impulsos, dedicais á la memoria de ese Santo de la Ciencia, una velada fúnebre, me asocio con vosotros, para este recuerdo justo; y hago, de mi olvidado discurso, una guirnalda de siemprevivas, para el Anfora en que la Patria guarda la memoria de ambos sabios, que fueron luz de las generaciones, y honra y prez de la humanidad, y decoro de la Inteligencia.

Para ambos son mis sencillos, pero sinceros y amables, conceptos. Ambos son dignos de la inmortalidad, tal y como esta debe de ser para los predestinados del bien; tal como la concibe mi espíritu, que admira en la naturaleza, más que la belleza física, la belleza del mundo moral, regida por la Ley de las compensaciones: — la Ley de la justicia y de la equidad, incomprensible para quien no sabe ver más allá de los horizontes de este pequeño grano, que llamamos Tierra.

Quito, de 1908—1909.

César Borja
actual Ministro de Hacienda.

Nº 52.—Rectorado de la Universidad Central del Ecuador.—Quito, á 15 de Junio de 1909.

Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. Dn. Federico González Suárez.

Ilustrísimo Señor:

El 23 del presente van á celebrarse exequias por el P. Luis Sodiro, S. J., honra de Italia y aun del Ecuador, por cuanto fué uno de sus más distinguidos profesores en el primer Instituto docente de esta República, y enriqueció con su ciencia, la Flora ecuatoriana. La Universidad Central así lo tiene acordado, en cumplimiento de los deberes puntualizados por la ley respectiva. Y como la oración fúnebre, que, en este caso, la tengo por parte indispensable de los oficios religiosos, va á ser pronunciada por el canónigo Dr. Eudoro Dávila, espero que Su Sría. Ilma. se digne conceder la licencia correspondiente.

Con sentimientos de muy distinguida consideración, suscríbome de Su Sría., atento y Seguro Servidor.

FRANCISCO ANDRADE MARÍN.

Gobierno Eclesiástico de la Arquidiócesis.

Sr. Dr. Dn. Francisco Andrade Marín, Rector de la Universidad de Quito.

En la ciudad.

No sólo doy licencia para que el Señor Presbitero Don Eudoro Dávila pronuncie la oración fúnebre en elogio del R. P. LUIS SODIRO, sino que aplaudo á Ud. y á todos los demás Señores Profesores, por las honras fúnebres, con que han resuelto tributar un homenaje público de reconocimiento al modesto religioso, que, durante treinta y ocho años, fué por su ciencia, la honra de esa respetable corporación.

Dios Nuestro Señor guarde á Ud.

† Federico,

Arzobispo de Quito.

Quito, 16 de Junio de 1909.

ELOGIO FÚNEBRE

PRONUNCIADO EN EL TEMPLO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

por el Presbítero

Eudoro C. Dávila (*)

Sapientiam ejus enarrabunt gentes et laudem ejus enuntiabit ecclesia.

Las naciones pregonarán su sabiduría y la Iglesia celebrará sus alabanzas.

(Eccli. 39, 14).

Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo,

Vble. Cabildo Metropolitano,

Señores:



LA Cátedra sagrada es cátedra de la verdad: el error y la mentira no tienen derecho para sentarse en ella. Los embustes de la Política que, á cada paso, prepara celadas á los incautos; los manejos del partidarismo, que ensangrienta las naciones y cubre con crespón de duelo los hogares; las pasiones, que luchan desaforadamente, disputándose un puñado de oro ó una ráfaga de gloria, no tienen nada que ver con la Cátedra sagrada.

(*) Por causa de enfermedad del autor no pudo publicarse en su propio lugar este elogio fúnebre.

El púlpito es cátedra de la verdad.—¿Y qué es la verdad? La verdad es fe; la verdad es ciencia: como fe, es la luz divina que, partiendo de la Inteligencia increada, ilumina al espíritu humano, le conforta en su lucha con el infortunio, y aclara los horizontes que, para después del tiempo, se abren ante sus ojos: como ciencia, es también luz divina que brotando, igualmente, de la Inteligencia increada, primero se refleja sobre la creación y después llega hasta nosotros en forma de misterios y resplandores de la Naturaleza, los cuales no son otra cosa sino huellas del Creador impresas en su obra.

Si la ciencia es la verdad; si la verdad es el objeto de la Cátedra sagrada, nada hay de extraño en que, en ocasiones solemnes como la presente, haga el sacerdote, desde el púlpito, el elogio de la ciencia, aplauda sus progresos y tribute homenaje de admiración á sus eximios cultivadores. Pero notadlo bien, señores, y hacedme justicia: al pronunciar este elogio fúnebre, yo no puedo prescindir del elemento religioso, porque si prescindiera de él, haría traición á mis convicciones; me sería imposible trazar adecuadamente la figura del sabio botánico cuya desaparición deploran de consuno la República y las Ciencias; y á vosotros mismos irrogaría grave injuria, cuando no os debo sino gratitud, por el ministerio que, inmerecidamente, me habéis confiado. Y digo que os irrogaría injuria grave, porque, al haberos congregado hoy á la sombra del santuario de la Fe, haciendo estáis pública protesta de los principios que profesáis y de que la ciencia y la fe no andan reñidas en vuestras inteligencias ni en vuestros corazones.

Digo, pues, que el R. P. Luis Sodiro fué espejo en el cual se reflejaron, con luz viva, los

resplandores de la ciencia y de la fe: varón de ciencia; varón religioso. En una palabra: el PADRE SODIRO representa la alianza entre la Ciencia y la Fe. Hé aquí el pensamiento que me propongo desenvolver en mi discurso. Os ruego que seáis generosos y me prestéis vuestra atención.

*
* *

En la ciudad de Vincenza, perteneciente al actual reino de Italia, vió la luz de la vida LUIS SODIRO, el 22 de Mayo del año 1836. En 30 de Agosto de 1856 ingresó en la Compañía de Jesús, en la que hizo, con lucimiento no común, los estudios profesionales, así filosóficos, como sagrados, que, con tánta solidez, se cultivan en ese tan benemérito Instituto religioso.

Conociendo los superiores las relevantes dotes y, en especial, el espíritu profundamente analítico del joven jesuita, lo enviaron á la ciudad de Inspruch, en Alemania, para que ahí se dedicara al estudio de las ciencias naturales. Entre estas, la Botánica fué su ciencia predilecta; y á poseerla con perfección consagró todas las energías de su poderoso ingenio científico. Como era natural, el resultado no se hizo esperar: recorrió los extensos dominios de la Botánica, é hizo de ella el blanco constante de su vida. Sus sólidos conocimientos y las varias excursiones científicas que había realizado le granjearon grande aprecio en la república de las letras; de manera que aun antes de venir al Ecuador, su nombre era ya pronunciado por los sabios. El PADRE SODIRO no era, pues, un desconocido antes de venir al Ecuador.

Pero, ¿cómo vino al Ecuador? ¿Para qué vino? ¿Por qué abandonó su patria y los abundantes recursos que, para el cultivo de las ciencias, hay en Europa? El inmortal García Moreno, entonces Presidente de la República, había formado la patriótica resolución de fundar en Quito una Escuela Politécnica: la fundó, en efecto; y esa escuela, aunque, por desgracia, duró muy poco, será siempre famosa. García Moreno púsose en comunicación con el Superior General de la Compañía: pidióle profesores competentes en ciencias naturales; y el Padre Pedro Bexk, entonces Prepósito general de la Compañía, se los envió, escogiéndolos entre los más sabios que entonces tenía en Europa el Instituto. Uno de esos fué el PADRE LUIS SODIRO.

No es ésta ocasión oportuna para narrar la historia de la Escuela Politécnica. Cuando, al cabo de muy pocos años, se disolvió ésta por el regreso de los profesores á Europa, el PADRE SODIRO solicitó de sus superiores permiso para quedarse en el Ecuador. Obtúvolo en efecto; y desde entonces, hizo del Ecuador su segunda patria, y continuó prestándole sus valiosos servicios, ya en el profesorado, ya con sus doctos escritos, ya, en fin, mediante provechosas excursiones científicas con las que aumentó más el caudal de su saber y fué formando, poco á poco, el precioso herbario sin el cual la riquísima flora ecuatoriana estuviera todavía casi completamente desconocida.

Dejemos aquí, por un momento, al varón sabio, para contemplar al varón religioso. La Religión, señores, es necesaria á los pueblos y á las sociedades: así lo han reconocido, en todos tiempos, los grandes pensadores, que han pro-

clamado á la Religión como fundamento indispensable de toda humana sociedad. Las legislaciones antiguas descansan sobre esta base: la prosperidad ó decadencia de los imperios se explican con esta clave: el pueblo más grande, el romano, debió su superioridad sobre los otros, cabalmente á que fué el más religioso de todos.

Asegura Plutarco que sería más fácil edificar una ciudad en el aire, que establecer una sociedad sin la creencia en los dioses.—Un día César, en pleno senado, pronunció ciertas frases contra la existencia de los dioses: inmediatamente se pusieron de pie Catón, el severo Catón, y Cicerón, el príncipe de la elocuencia romana, y acusaron á César de irreverente, por haber pronunciado una palabra funesta para la República.—Como oyese Fabricio, Capitán romano, mofarse de la divinidad al filósofo Cineas, le dirigió estas memorables palabras: "Plegue á los dioses que nuestros enemigos sigan esta doctrina cuando estén en guerra con la República." Juan Jacobo Rousseau, en su libro del "Contrato Social," observa que jamás se estableció Estado alguno al que la Religión no le sirviese de fundamento.

Y ciertamente, señores, cuando la Religión no tuviese otro objeto ni diese otros resultados, que encadenar á esa fiera sanguinaria que llamamos *pasiones humanas*, ya eso bastaría para darnos por satisfechos, estimar en alto grado á la Religión, y convencernos de que el primer deber del hombre es ser virtuoso. Pero aun hay más: la Religión, es decir, la única Religión verdadera, que es la revelada, es la que regenera las naciones; la que suaviza las costumbres; la que enseña que todos somos miembros de una misma fa-

milia y que debemos profesarnos amor recíproco; la que da resignación al hombre, presa del infortunio; la que difunde risueños resplandores sobre el mísero planeta en que habitamos. Donde florece la Religión verdadera, prospera la Sociedad: Sociedad en que decae la Religión verdadera, es sociedad que corre precipitada á su decadencia.

Aquí, en este campo, quiero admirar hoy al docto, al sabio Sodiro. De índole naturalmente apacible y bondadosa, aprovechó esta cualidad con que la Providencia le dotara, para practicar, con esmero, las virtudes cristianas, en general, y las del religioso, en particular: junto con la ciencia de la Botánica, practicó la de ser varón de virtudes, sacerdote ejemplar: practicó la ciencia de la fe traducida en obras. Por esto, llegó á ser modelo de humildad, sencillez, dulzura; ejemplo de verdadero amor á Jesucristo y á los hombres; cualidades que hicieron de él un religioso por extremo amable para cuantos le trataban.

Jamás, ni siquiera por alusiones indirectas, habló de sí mismo ni de las honrosas condecoraciones científicas de que fué objeto; y eso que todos somos naturalmente inclinados á introducir, á cada paso, en las relaciones sociales, ese monosílabo que tan dulce sabor tiene para nuestro paladar: el monosílabo *yo*. ¡ Sacerdote humilde ! ¡ Sabio modesto !

En cierta ocasión, un superior suyo le dijo: "Padre, conviene que descanse; no trabaje demasiado; el descanso es necesario, y yo se lo aconsejo." "Padre Superior, le respondió, *para descansar tengo una eternidad.*" ¡ Qué palabras, cuánta fe, señores míos ! Palabras brotadas al

calor de la ciencia y de la fe: sencillas como de creyente, profundas como de sabio! Saboreémoslas de nuevo: "*Para descansar tengo una eternidad.*"

*

* *

El P. SODIRO no sólo fué varón de fe, sino también varón de ciencia. Sus doctos, cuanto inapreciables escritos, conocidos por vosotros mismos: su gran competencia en el profesorado, experimentada por todos cuantos fuisteis sus discípulos; los ruidosos aplausos y los títulos con que ha sido honrado por las Academias de Europa y de América, nos relevan, por ahora, del arduo cargo de enumerar y clasificar sus obras. El PADRE SODIRO fué sabio; las academias científicas le ungieron como tal y le señalaron honroso asiento en el templo de las Ciencias: eso nos basta.

Pero ¿dónde está el origen de la ciencia? ¿Cómo se progresa en ella? ¿Conoció sus fundamentos LUIS SODIRO?—Existe un abismo, señores, sombrío y luminoso á la vez; arrebatador y aterrante á un mismo tiempo. En ese abismo hay esplendores de belleza adorable y eterna; en ese abismo están, de una manera sobreabundante é inagotable, todas las perfecciones del sér; en ese abismo caben, con holgura, todas las cosas, si pasadas, si presentes, si futuras; en él reposan todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, de la bondad y de la belleza; en él, todas las riquezas del amor con sus heroísmos sublimes, todas las riquezas de la voluntad con sus imponderables energías. En él, en fin, existen, con su modalidad propia, no solamente los seres que han venido ó vendrán

á la existencia, sino también aquellos que son meramente posibles ó puramente inteligibles.

Ese abismo sin fondo ni riberas ¿sabéis, señores, cuál es? Ah! yo lo sé muy bien, y voy á deciros su nombre! Voy á deciros su nombre: inclinad vuestras frentes . . . . Ese abismo se llama Dios! ¡Dios! . . . . Esta palabra soberana y adorable es el alfa y omega de todas las cosas; hemos dicho Dios, y lo hemos dicho todo.

Dios! Hé ahí, señores, el origen de la ciencia, la ciencia misma. Veámoslo. ¿Qué es ciencia? ¿Qué se llama ser científico? Es averiguar, es conocer las cosas por sus fundamentos, por sus causas. Pues bien, fijémonos en Dios: todo lo que existe encuentra en El las leyes de la existencia; todo lo que se mueve, las leyes del movimiento; todo lo que palpita, las leyes de la sensación; todo lo que piensa, las leyes del pensamiento; todo lo que quiere y ama, las leyes de la voluntad y del amor; todo lo que engendra y produce, la causa de la fecundidad y de la producción.

Por consiguiente, Dios no solamente es la fuente de la ciencia, sino también la ley, la razón suprema de la ciencia. El está difundiendo, como sol del Universo, torrentes de sabiduría sobre las inteligencias, así como ha derramado torrentes de hermosura en la faz de la Creación.

El proceso de la Ciencia, los problemas que plantea, las conclusiones que deduce, las afirmaciones que sienta, las hipótesis que formula: todo tiene excelso tipo, pauta indefectible en la ciencia divina, bien como el disco luminoso que vemos reverberar, en un día claro, sobre un la-

go transparente, no es sino la imagen del sol que campea en las alturas.

Dios autor de la ciencia; Dios autor de la fe. Señores, decidme con franqueza, pero decídmelo también con sinceridad y sin preocupaciones: ¿puede haber oposición entre la ciencia y la fe? ¿Puede estar Dios en contradicción con Dios? . . . . . .

Esta íntima y admirable unión entre la ciencia y la fe la comprendió, á maravilla, el P. SODIRO: y por eso, no encontró dificultad alguna en consagrarse á la ciencia, vistiendo, como vistió, la sotana de los hijos del santo de Loyola, y encerrándose dentro de una humilde celda para ser virtuoso. Al contrario, se acercaba más á Dios, porque sabía que en acercarse á El está el secreto de ver mejor las causas y razones de las cosas; y si glorificaba á Dios en el altar del sacrificio, como sacerdote de la fe, glorificábale también en el herbario ó en el jardín botánico, como sacerdote de la ciencia!

La ciencia y la fe no andan, pues, reñidas; y no andan reñidas, porque son dos rayos de luz que parten del mismo eterno foco: Dios. La fe es luz; la ciencia es luz: ¿cómo podría la luz estar en pugna con la luz? . . . . . .

La fe tiene misterios que ante nuestra flaca razón no aparecen nunca brillando con la claridad de verdades comprensibles, sino envueltos entre nubes, á veces, aterrantes: á los que gustan de penetrar siempre en la esencia de las cosas, no contentos con tocar únicamente la superficie de ellas, pueden esas nubes, en ciertos momentos críticos del espíritu, parecerles importunas y chocantes; porque, al fin, la

razón humana es razón de criatura imperfecta y, además de imperfecta, decaída: es decir, razón soberbia.

Pero ¿no es verdad que también la ciencia tiene sus misterios, y misterios incomprensibles? No olvidemos, Señores, que, en la inmensurable esfera de la ciencia, más allá de las regiones luminosas y exploradas, se extienden, primero, las regiones de la penumbra, esto es, de lo que no está bien explorado todavía; y, más lejos aún, las de la sombra espesa, es decir, de lo que es inexplorable. En la primera región lo conocemos todo; en la segunda ignoramos muchas cosas; y en la tercera nos encontramos envueltos en tinieblas. Sin embargo, esto no es obstáculo para que la ciencia sea ciencia, y lo sea en verdad. ¿Impedirán, pues, las sombras de la fe que también ésta sea ciencia y ciencia divina?

Además ¿quién os ha dicho, Señores, que el asentimiento que exige de la razón la fe, es un asentimiento ciego, sin razones ni pruebas de ningún género? Al contrario ¿no es cierto que, así como la ciencia tiene sus motivos propios de credibilidad, así la fe tiene también los suyos, los cuales son de tal manera racionales y convincentes, que no es posible dejar de darles asenso en nuestro entendimiento, á no ser que caigamos en el escepticismo ó en la duda universal?

Por otra parte ¿no tiene Dios suficiente autoridad para proponer á nuestras inteligencias verdades inaccesibles para ellas, pero claras, evidentes para una inteligencia tan superior como la suya? Infiérese, pues, que el ser una proposición incomprensible para el entendimiento

creado, no es señal de que sea absurda. En efecto, proponed á un niño un problema matemático, y seguramente no os entenderá; mas no por eso dejará de ser verdad, y verdad inteligible para una inteligencia preparada para comprenderla. Asímismo, cuando Dios nos propone un misterio que no comprendemos ¿cómo hemos de decir que ese misterio es un absurdo?

Empero, cuando se hace decir á la Religión cosas que no ha dicho: cuando á lo que enseña la Iglesia Católica se le da un sentido que no es el sentido en que lo entiende la Iglesia Católica: cuando la ciencia invade los dominios de la Religión ¿nos maravillaremos de que haya contradicción entre la ciencia y la Religión?

La ciencia y la Religión alíanse, pues, perfectamente. Pero no es esto todo. El Catolicismo, al imponernos la fe, nos coloca en condiciones favorables para cultivar la ciencia; porque, al imponernos la fe, da base sólida á la ciencia é impide que se extravíe el sabio en sus escabrosas investigaciones. ¿No me creéis? Os lo voy á probar: y veréis cómo en todo problema científico va incluído un problema de fe. Y no importa que, en este momento, me refiera simplemente á la fe en general, porque, sea divina ó sea humana, en cualquiera de los dos casos, siempre quedará mi aserto comprobado.

¿Cuál es, en efecto, el campo de la ciencia? Vastísimo, señores: sus horizontes son inmensurables: su campo es el Universo. En esos vastos horizontes es donde ella despliega sus alas y remonta el vuelo; donde averigua los secretos del cielo y de la tierra; donde estudia, descubre y explica las leyes con que se rige la Naturaleza. ¡Oh! quién pudiera desplegar ante vuestra vista el admirable, el maravilloso de-

senvolvimiento de las ciencias naturales en nuestros tiempos! ¡Qué cúmulo de descubrimientos! ¡Qué incalculables tesoros de saber! Qué pasmosos prodigios han llenado de asombro al mundo y transformado la faz de la tierra!

Y sinembargo, señores, es verdad indiscutible que el hombre vive muy poco y no puede, por sí solo, hacer adelantar á la ciencia de tan admirable manera. Pues ¿cómo ha salvado la ciencia tan enormes distancias? ¿Cómo ha dado tan gigantescos pasos? ¿No es cierto que, por inteligente y estudioso que supongamos al sabio, no alcanza, con solo su propio esfuerzo, á sondear ni una mínima parte de las maravillas que encuentra en la Naturaleza? ¿Cómo se explica la enorme desproporción que media entre los inmensos caudales de ciencia que poseemos y el corto tiempo de que dispone cada sabio para sus investigaciones? ¿Sabéis cómo? . . . . . El sabio se desvive sobre los libros; estudia en los museos; averigua y escudriña el pensamiento ajeno; juzga dignos de crédito á los sabios que le han precedido; apoya su juicio en la autoridad que éstos se merecen y . . . . les da crédito, y sigue estudiando y escudriñando la verdad. Ha dado crédito á las afirmaciones de los sabios que le precedieron, y el abismo se ha salvado, y su entendimiento se ha iluminado con las luces de la ciencia: tras el acto de fe humano ha venido la ciencia. Ved ahí, señores, un hecho incontestable: la ciencia comenzando por la fe.

La fe es, pues, de todo punto necesaria, no solamente porque la ciencia no puede dar un solo paso en sus progresos sin creer lo que otros afirmaron, sino también porque la fe está en armonía con esa curiosidad innata que espolea

constantemente la inteligencia en busca de lo desconocido.

Ahora, de lo natural levantémonos á lo sobrenatural: gustosos damos asentimiento á lo que nos dice un hombre, cuando reconocemos en él suficientes ejecutorias para imponernos su autoridad: ¿negaremos, pues, á Dios nuestro asentimiento, cuando consta que Dios es quien nos ha hablado? . . . . Esto sería absurdo. Dios, indefectible en su ciencia, es incapaz de equivocarse El mismo, y, como sumamente perfecto, no puede jamás engañarnos á nosotros; luego no cabe duda que la Revelación, al proponernos la palabra misma de Dios, es decir, los dogmas, proporciona á la ciencia fundamento firme para sus investigaciones y un auxiliar muy oportuno para sus adelantamientos.

¡Qué inconsecuencia, señores, qué monstruosidad la del sabio sin religión; la del sabio sin Dios! Yo me figuro el campo de la ciencia á manera de una inmensa selva. Arboles corpulentos y de diversas especies la pueblan; aves de variados matices viven y cantan en ella; bramadoras fieras se pasean allí majestuosamente. ¿Qué son esos grandes árboles floridos? Son los distintos ramos de la humana ciencia, que están convidando á los sabios con las copiosas riquezas que atesoran. ¿Quiénes son esas aves que aprovechan los frutos de la selva y llenan el espacio con delicadas armonías? Son los sabios que ven, en la hermosura de la naturaleza, los reflejos de la hermosura del Criador, y en los secretos de la ciencia, la imponderable sabiduría del que ha ordenado y embellecido la creación: sabios que adoran al autor de la Naturaleza: sabios creyentes.—Dínoslo tú, SODIRO: tú que atesoraste vasta ciencia bajo la modes-

ta sotana de jesuita; tú que supiste distribuir el tiempo entre la fe y la ciencia; que diste albergue á entrambas en tu entendimiento y en tu corazón, y no hallaste ningún tropiezo para cumplir los deberes que una y otra te imponían. ¡Ah! tú eres la personificación de la ciencia dirigida por la fe y de la fe hermanada con la ciencia: eres la síntesis de la armonía entre la ciencia y la fe. Como religioso adoraste al Señor; como sabio escudriñaste sus obras admirables. ¡Sabio creyente! yo te venero en nombre de la ciencia y de la fe!

Pero no he acabado, señores, de desenvolver la comparación que os he propuesto. He dicho que en las selvas hay también fieras que se pasean orgullosas y que, al igual de las aves, se aprovechan de los frutos y sombra de los bosques. ¿Quiénes son esas fieras en la selva de la ciencia? Permitídmelo, señores; y me lo vais á permitir por cuanto, en este momento, no me refiero únicamente á vosotros, cuyos nobles sentimientos religiosos me constan á mí mismo, sino á los sabios de todo el mundo. Digo, pues, que son los sabios descreídos: ellos también están cobijados por la majestuosa sombra de los robles de la ciencia; aprovechan sus tesoros y pasan la vida en esos retiros impenetrables para el vulgo: en los laboratorios y museos científicos. Pero no cantan, no saben cantar, señores: jamás un himno de alabanza de sus labios; jamás una palabra de bendición; jamás una frase de entusiasmo en homenaje á la increada Sabiduría.

Pero ¿qué digo? Algunas veces sueltan la voz, desperezándose como las fieras; de vez en cuando dejan oír como éstas, su atronadora voz; pero ¡qué horror! son rugidos de maldición y de blasfemia!

El sabio creyente se levanta á las alturas, vuela por el espacio como las aves, impulsado por la fe: el sabio sin religión sólo se pasea sobre la tierra: da pasos majestuosos, talvez agigantados; pero no sabe volar: le faltan las alas de la fe.

* * *

Hay, señores, en el fondo del alma un sentimiento nobilísimo, una virtud natural propia de todo hombre de bien. El Cristianismo ha consagrado este sentimiento y ha hecho de él una virtud sobrenatural: es el patriotismo. ¿Quién no sabe lo que es el amor á la Patria? ¿Quién ignora la fuerza prodigiosa con que esta raíz del alma nos mantiene adheridos al suelo en que nacimos y prontos á derramar, con gusto, la propia sangre en defensa de la Patria acometida? ¿No habéis sentido nunca ese intenso estremecimiento producido por la emoción en los días de grandeza ó de desventura de la Patria? . . . . Pues bien; grato, muy grato es al corazón patriota el espectáculo de un extranjero de valía que se duele de nuestra Patria y trabaja por engrandecerla. Aquí vuelve otra vez la memoria de SODIRO, que hizo del Ecuador su segunda patria, la amó con toda la ternura de su alma y buscó su engrandecimiento con ahinco infatigable. Díganlo, sino, las repetidas excursiones que á la costa y á otros puntos realizó, con provecho imponderable; dígalo el vivo empeño con que gestionó ante nuestro Gobierno para implantar una Escuela de Agronomía y explotar, por medio de élla, la riqueza vegetal del suelo ecuatoriano; dígalo el copioso herbario que arregló con abundante variedad de especies; dígalo el jardín botánico de la

Alameda pública; decidlo vosotros mismos, todos cuantos fuisteis sus discípulos!

Voy á terminar, señores. El Ecuador está de duelo: ha perdido al sabio de valía, que lo representaba muy honrosamente en el mundo científico europeo. Deploremos esta pérdida, deplorémosla profundamente; pero imitemos el ejemplo del finado: empeñémonos por el progreso de las ciencias; trabajemos, de consuno, por el engrandecimiento de la juventud; abrámosle mayores horizontes; impulsémosla por las sendas de la gloria!

El alcázar de la ciencia tiene linderos inmensurables: sus horizontes se asemejan á los de la naturaleza: donde parece que ya termira un horizonte, allí se nos abre otro nuevo, que se dilata en lontananza.—Cada descubridor, cada sabio ha aportado su contingente á este alcázar construído, piedra por piedra, á lo largo de los siglos. Dios impuso al hombre la ley del trabajo y del progreso, é hizo de la ciencia una de nuestras más nobles tareas y manantial verdadero de público bienestar. Por lo mismo, trabajemos por el adelantamiento de las ciencias en nuestra Patria: que progresen éstas á par de la ciencia de la Fe: que la Fe siga iluminando el sendero de la Ciencia: que la Ciencia corrobore las declaraciones de la Fe; y que estos dos focos de luz bañen copiosamente nuestro suelo. Ciencia y Religión, hé ahí, señores, las dos alas vigorosas con que podrá el Ecuador levantarse á las inmarcesibles cumbres de la gloria.

He dicho.

Eudoro C. Dávila.

Día á Día

R. P. Luis Sodiro, S. J.

(De "El Telégráfo"—Nº 7.172)

HAY en la Alameda de Quito un pequeño rincón, separado del parque público con modesta cerca de alambre y una verja de pocos amigos, pues casi nunca se abre. En ese pedazo de tierra vense filas de árboles, cuidadosamente podados, plantas raras y flores exóticas, todo con su correspondiente numeración al pie, en planchas de hojalata. Cuando, merced á influencias y recomendaciones, se logra penetrar en él, respírase un ambiente de paz, en una dulce languidez de alma, que rodean de encanto indefinible el silencio, la sombra y vagos perfumes . . . . A un paso está la multitud que hormiguea en los jardines, los bosquecillos y el montezuelo artificiales; compuesta de enamoradas parejas, de familias que charlotean, enfermos que toman aire, vagos que, de codos sobre el balaustre del puente de madera, escupen sobre la laguna artificial y miran estúpidamente á los alegres muchachos que reman en los botes en aquel océano de 200 metros de diámetros, con puertos, esclusas é islotes; y dominándola, severas, frias, casi tristes, las torres del Observatorio Astronómico . . . .

Aquel rincón de pocas varas y pocos árboles, tan grande como el huerto de Fray Luis de León, se llama pomposamente JARDÍN BOTÁNICO.

Hasta hace pocos meses — y durante muchos años,— los curiosos que iban á meter la cabeza entre los alam-

bres de la cerca, á eso de las nueve ó diez de la mañana, podían ver todos los días, un anciano sacerdote, de aire bonachón, que se paseaba meditabundo entre las hileras de árboles, la cabeza levantada, perdida en espacios imaginarios la mira la que velaban clásicos *queredos*, y las manos á la espalda.

Y los curiosos — por una rareza psicológica, — bajaban la voz en aquel lugar, como si se hallasen en una iglesia, y, señalando al melancólico paseante, murmuraban un nombre y se retiraban casi con respeto.

Y el anciano sacerdote seguía su paseo, sin advertir la presencia de los curiosos; arrullado por el misterio y el silencio, que no podían romper los cientos de pajarillos que piaban desaforadamente en la copa de los árboles, ni las innumerables mariposas que zumbaban al rededor de las flores, burlándose los picarillos y las coquetas de la majestad numérica de las clasificaciones pintadas en las planchas de hojalata, y provocando, con notoria y punible indiferencia, la tristeza meditativa del sabio.

Porque ese hombre, ese clérigo, ese paseante silencioso, era un sabio, pío lector, lectoras adoradas. . . .

Y también era un jesuita, señores radicales que quisiérais otra *pragmática sanción*, para consuelo de los redactores de EL PROPAGANDISTA.

Se llamaba LUIS SODIRO.

¿Verdad que su nombre no suena á nada?

¡Así era él de bueno y humilde!

Sí, SODIRO; ¿y qué?—No obstante, estas tres sílabas representan una bandera en nuestra incipiente preparación científica, un hermoso recuerdo no sólo de tiempos que fueron, sino de trabajos consumados, y un cariño juvenil en cuantos conocieron al hombre que llevaba ese apellido.

Por eso enlutamos esta columna.—¡Ahora sí con más título que nunca nos creemos eco de una voluntad general de los ecuatorianos, sin distinción de partidos. creencias ni opiniones; por eso la enlutamos, al decir, con dolorosa sorpresa:

¡EL PADRE SODIRO HA MUERTO!



¡Ay! se ha ido el último recuerdo de viejas esperanzas, que un día llevaron camino de realización.

¿Qué era aquello?—Nada: la Escuela Politécnica, el

Protectorado Católico, el Observatorio Astronómico, el Colegio San Gabriel, el Instituto *La Salle;* los Epings, Kolbergs, Mentens, Wickmans, Wolfs, Calcagnos, Dressels, Jamessons, y toda esa horda de *bandidos*, jesuitas los más, que el despotismo conservador trajo á la República del Corazón de Jesús, para desasnarla, corrompiéndola con la enseñanza de las ciencias naturales y exactas, la Astronomía, la Geografía, la Literatura, las Artes y los Oficios; con la difusión de la ordenada enseñanza primaria y los conocimientos útiles. . . . Entonces no había libertad; la conciencia pública estaba metida en la redoma de Salomón; pero algo se hacía por la civilización, y váyase lo uno por lo otro . . . .

Era un viejecito bueno, de una inocencia infantil. Preocupado con sus herbajos, no tenía sino dos pensamientos: Dios en los cielos. . . . . y la Botánica en la tierra. Lo demás le importaba un comino. En buenos términos, él, sacerdote, creyente, piadoso, adoraba al Creador en la contemplación y estudio de las hierbecillas de los campos, según el espíritu de las Escrituras.

Pero con esa adoración *científica*, iba poniendo su piedrecita en el monumento cuyas bases levantaron Button y Linneo, y revelando; además, las maravillas de esta tierra fecunda, que todavía espera una observación en grande escala y una explotación metódica.

Y, anciano, desvalido, individuo de una comunidad sospechosa en tiempos de conservadores y odiada en días de liberales, con menguada protección y escasísimos recursos, agotó sus fuerzas en la investigación de la flora ecuatoriana, y allá fueron libros, monografías, artículos, donde sus alcances pudieron; pues este sabio tuvo que luchar con dificultades las más veces insuperables, para la edición de sus trabajos.

La Botánica no es una ciencia de Gabinete: hay que *herborizar*, y se herboriza, saliendo al campo para sorprender á la Naturaleza en plena gestación.

Eso hizo el P. Sodiro. Vagó por los campos, viajó á pié, contempló de cerca la vegetación de la Cordillera y la de las tierras calientes; y escribió como un sabio, lo que había estudiado como un devoto.

Ahí está el producto de esos estudios: no sólo el libro de las Criptógamas Vasculares debemos tener en cuenta, sino aquella serie de opúsculos y artículos, perdidos entre el desgreño de la bibliografía ecuatoriana; pues, país es éste donde apenas hay una docena de hom-

bres que presten un poco—un poquitín,—de atención á esa clase de producciones.

Sin hablar de las inocentes noticias del P. Velasco, de los escasos trabajos del P. Solano y los amenos artículos de Luis Cordero y otros aficionados; poniendo á un lado, con todo respeto, los dos tomitos del inolvidable Jamesson, y sin acordarnos cosa mayor del frustrado trabajo de los hermanos Reinbach en la ciudad de Cuenca, podemos decir á boca llena que es el P. SODIRO quien ha puesto los fundamentos de los estudios botánicos en el Ecuador, como fueron los jesuitas Dressel y Wolf, quienes dieron la nota más alta en materias de Geología y Geografía, nota que constituye para nosotros una verdadera revelación.



Vendría bien aquí una noticia biográfica; pero ¿qué biografía posible tratándose de varón cuyo principio y fin se encuadran entre una humilde adolescencia y una existencia claustral de cincuenta y tres años de duración?

Decir que nació en Vicenza (Italia) el 29 de Mayo de 1836; que á los 20 años entró en la Compañía de Jesús; que estudió teología, filosofía y ciencias naturales en Alemania; que en 1870 vino al Ecuador, donde ha enseñado literatura, idiomas y, sobre todo, botánica; que ha escrito mucho y ha practicado el bien según le ha sido posible, en la serena vida del claustro, sin tumultos, sin pasiones, sin ruido, es materia para cuatro líneas: su labor está condensada en sus libros; pero esa labor se halla al alcance de tán pocos lectores!

Esta es la suerte de los hombres de ciencia: un truchimán cualquiera hace más bulla, sin provecho para la humanidad. . . .



Él amaba esta patria, que consideraba como suya. Hablando un día con él acerca de la manía que hay en ciertas poblaciones serraniegas de cavar la tierra en busca de *huacas incásicas* y de *entierros*, nos insinuaba la necesidad de hacer la propaganda contra dicha manía.

La riqueza está en el suelo—nos decía,—madre fecunda, *mater uberrima;* pero no en forma de tesoros es-

condidos por costumbres tradicionales de las razas aborígenes, ó la avaricia de los pobladores del tiempo de la Colonia; y, ciertamente, es cosa de risa que la busquen con afán febricitante la *baqueta del huaquero*, la *varilla de San Andrés* de la mujer del pueblo y ni los conjuros y adivinaciones de los inocentes brujos.... No: la hallan, de seguro, el azada del jornalero; el pesado rejo que arrastra la perezosa yunta por campos gloriosos con la bendición de Dios y que rinden siempre el ciento por uno. Mire Vd.: un día me llevaron, aquí cerquita, á *Toctiuco* unos pobres sujetos. Se hallaban empeñados en creer que, en cierta parte, había un *hallazgo*, y se pusieron pesados hasta conseguir que yo fuese á comprobar la existencia de él. Fuí; y encontréme con una masa de rocas, dentro de las cuales ya era fácil que hubiese un cajón de onzas de oro. . . .

Y así, con frase finamente burlona prosiguió sobre el tema, hasta que se dejó arrastrar por un entusiasmo súbito, hablando de las grandezas de la Naturaleza tropical y los medios que el Ecuador debía emplear para explotarla y enriquecerse. . . .

Cayó luego en melancólico silencio . . . . Talvez pensaba en las tristezas de la política ecuatoriana. . . .



Hoy ha muerto. ¡Sea la paz sobre su sepultura!

La República le debe mucho, y creemos que su muerte será un motivo de duelo general.

Ahí está la recién cerrada huesa del hombre bueno, del sacerdote excelente, del sabio profundo, ajeno á las tempestades del mundo, que pasó, medio de advertido, como una nube de verano por un cielo límpido, que á la mañana vertió algunas gotas de rocío sobre la tierra árida: compatriotas: ¿queréis descubriros ante esa tumba y saludar con respeto ese despojo humano que mañana será un poco de polvo?

El Padre Luis Sodiro

(De "La Ilustración Ecuatoriana"—Nº 7)

HONRAMOS las columnas de nuestra publicación con el retrato del sabio naturalista italiano, que desde 1870, por medio de la cátedra y de la prensa, principió entre nosotros á difundir sus luces de eximio botánico.

Pero como las enseñanzas de la sabiduría no se circunscriben á tal ó cual lugar, los frutos de su espíritu investigador tomaron vuelo y fueron acogidos con alborozo en el mundo científico universal. Así lo comprueban los diplomas honrosos de las sabias Corporaciones de Europa y América, que apreciando su paciente labor sorprendieron su extrema modestia contándole entre sus miembros más esclarecidos.

Admira, verdaderamente, la actividad investigadora del P. SODIRO al considerar, por ejemplo, que en los tres primeros años de su residencia en el Ecuador, pudo superar á la labor de cincuenta años, del Sr. Jameson, que tanto contribuyó al adelanto de la ciencia de Lineo con su bien acogida *Sinopsis*.

Enamorado como Caldas de nuestra exuberante y variada vegetación escribió primero la Ojeada General sobre ella, aprovechándose de los trabajos de Humboldt y Bonpland, consagrados, por falta de tiempo, sólo á una pequeña parte de los Andes. Luego salieron de su fecunda pluma las monografías sobre "Piperaceas ecuatorianas," "Anturios ecuatorianos," Tacsonias ecuatorianas," con una multitud de especies nuevas. Una de sus obras más extensas es la titulada "Criptogamae vasculares quitenses" con que colaboró en la vasta serie primera de los Anales de la Universidad.

Sólo cinco años escasos funcionó la Escuela Politécnica, á la que el P. SODIRO perteneció como Profesor de Botánica. Sus ilustres compañeros alemanes deci-

dieron regresar á su patria no obstante el vivo empeño que tuvo el Gobierno del Dr. Antonio Borrero por que continuase en el mismo pie esa famosa institución científica.

Extinguida la Escuela Politécnica, el infatigable P. SODIRO siguió prestando servicios importantes en la Universidad hasta que en 1886, año en que se restableció la célebre Escuela con el nombre de *Instituto de Ciencias* fué nombrado Director de la Escuela de Agricultura y Director del Jardín Botánico. Este último cargo ha ejercido sin interrupción. En el catálogo de sus obras se cuentan las que versan sobre Pastos, Mangle, Cacao, Tacsarias ecuatorianas, Certula Florae ecuadorensis, el opúsculo sobre la última erupción del Cotopaxi, etc., etc.

Entre los trabajos inéditos deja un texto para el estudio de Agricultura en los Colegios y Universidades; cuyos manuscritos examinamos no hace mucho.

La Universidad Central ha acordado tributarle en sesión solemne los honores póstumos, con la pompa que siempre ha acostumbrado en tratándose de perpetuar la memoria de sus miembros ilustres. Entonces se hará el elogio que merece el virtuoso y sabio profesor, que acaba de desaparecer en el ocaso de la existencia como un astro de primera magnitud.

Que su alto ejemplo guíe á la juventud inteligente al estudio de la Naturaleza, desde donde el sabio con fruición anticipada se pone en contacto con Dios.

EL PADRE LUIS SODIRO

† AYER EN QUITO

(De "El Grito del Pueblo"—Nº 5326)

ACABA de fallecer en la Capital el Padre LUIS SODIRO, de la Compañía de Jesús. Su muerte cubre de luto á la ciencia y al pueblo del Ecuador. Aunque extranjero por el nacimiento, formaba parte del pueblo ecuatoriano por el afecto y el respeto á que se hizo acreedor. Este sabio ha contribuido poderosamente á hacer conocer en Europa nuestra magnífica flora.

El Padre SODIRO fué uno de los hombres de ciencia que trajo García Moreno: los demás han muerto ó se han ido. El Padre SODIRO prefirió vivir en la capital del Ecuador, donde se le honraba y se le quería.

Nació en Italia, en la provincia de Vicenza, el 22 de Mayo de 1836, y á la edad de 20 años ingresó en la Compañía de Jesús. Estudió en Alemania filosofía y teología, y en ese mismo país adquirió las primeras nociones de botánica, ciencia á la que se dedicó toda su vida.

En 1870, en que vino al Ecuador, empezó á dictar la cátedra de botánica en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Quito. Después de la muerte de Garcías Moreno, pasó al colegio privado de los jesuitas, á enseñar literatura griega y latina.

En 1872 hizo una publicación sobre la vegetación ecuatoriana comparada con la europea. Entre las obras científicas que dió á la estampa posteriormente, podemos mencionar, acaso como la más notable, la que lleva por título "Criptógamas Vasculares del Ecuador," con sus descripciones en latín y castellano," volumen de más de 700 páginas en octavo, y que encierra la descripción de cerca de quinientas especies, número por lo menos diez veces mayor que el correspondiente de la flora europea.

El año pasado vino á esta ciudad, con el objeto de buscar en la costa el sitio más adecuado para establecer una escuela de agronomía. De aquí pasó al cantón Daule de cuya flora coleccionó algunas plantas nuevas.

A más de la obra citada, hizo también las siguientes publicaciones:

1874.—"Apuntes sobre la vegetación ecuatoriana."

1879.—"Nuevas especies de helechos de los Andes de Quito."

1881.—"Una excursión botánica."

1883.—"Recensio Cryptogamarum vascularum provincial quitensis."

1888—"Observaciones sobre los pastos y las plantas forrajeras."

1892.—"Observaciones sobre la enfermedad del cacao, llamada "la mancha," y medios para preservarla."

Tenemos además una hermosa y científica descripción de esa formidable erupción del Cotopaxi que tuvo lugar el 26 de Junio de 1877.

Lejos está de ser completa la lista que hemos dado de las publicaciones del Padre SODIRO. El que quiera co-

nocerlas todas no puede echar en olvido los Anales de la Universidad de Quito, donde ha venido publicando durante largos años, estudios á cual más interesante.

LATACUNGA—MAYO 24

(De "El Grito del Pueblo"—Nº 5338)

Señor Director de EL GRITO DEL PUEBLO:

EL Colegio Vicente León, deseoso de rendir homenaje á la memoria del sabio P. LUIS SODIRO, S. J., ha expedido el siguiente acuerdo:

Que el R. P. LUIS SODIRO, J. S., fué un varón justo y un profesor sabio, consagrado al magisterio en el Ecuador por treinta y nueve años, con ejemplar abnegación y constancia, durante las cuales publicó muchas y muy importantes obras científicas;

ACUERDA:

1º Dejar constancia, por el presente, del profundo sentimiento con que la Junta deplora la muerte del eminente botánico R. P. LUIS SODIRO, S. J., acaecida en Quito el 15 del mes áctual;

2º Tributar á su ilustre memoria el homenaje de admiración y reconocimiento, debido á sus virtudes y ciencias, y á los grandes servicios prestados por el sabio profesor á la República, y

3º Elevar este acuerdo á conocimiento del señor Rector de la Universidad Central.

Dado en la sala de sesiones del Colegio de «Vicente León,» en Latacunga, á 21 de Mayo de 1909.—El Presidente, JUAN ABEL ECHEVERRÍA.—El Secretario, *Nicolás Campana S.*

El R. P. Luis Sodiro

(De "El Comercio"—Nº 960)

ANTEANOCHE bajó á la tumba, después de una tranquila agonía, este ilustre sacerdote jesuíta, á la avanzada edad de setenta y tres años, produciendo su infausta desaparición del seno de esta sociedad que lo amaba, hondísima pena; pues, á sus altos merecimientos de sabio, unía la virtud más austera y el carácter más dulce y apacible.

Nació el R. P. Luis Sodiro el 22 de Mayo de 1836 en Vicenza de Venecia [Italia]; y entró en la Compañía de Jesús el 30 de Agosto de 1856, formando parte de la Provincia Véneta de la misma.

Desde muy temprana edad distinguióse por su elevado entendimiento, severas costumbres y amor decidido por el estudio, siendo de notarse que de todos los ramos del saber humano adquirió, con facilidad extraordinaria, conocimientos extensos y sólidos, hasta el punto de sobresalir—muy joven todavía—entre otros muchos sacerdotes de brillo, que tenían ya cimentada su fama en diversos pueblos de Europa. Sus estudios de literatura clásica, griega, latina é italiana, los coronó en breve tiempo y manifestando en certámenes de rigurosa prueba, versación tan profunda, que no se hubiera podido suponer entonces que más tarde se distinguiría también en las Ciencias Naturales, opuestas generalmente por su aridez á las amenas disposiciones de un temperamento artístico.

Adornado de una feliz memoria, sabía las principales piezas de Cicerón, Virgilio, Horacio, Tibulo, Propercio, Ovidio y Alligieri; y de tal modo estaba familiarizado con esta clase de ingenios que recitaba trozos enteros de las inspiraciones de los grandes oradores y pactas de la Antigüedad, y componía él mismo con gusto exquisito poesías latinas.

C^nociendo los Superiores el talento portentoso y el espíritu que para el análisis había revelado el P. SODIRO,

le enviaron á Inspruch [Alemania] á que cultivase las Ciencias Naturales juntamente con los jesuítas de la Provincia establecida en aquellos Estados. La Botánica fué, entre otras Ciencias, la que más le cautivó, y á dominarla y enriquecerla hubo de consagrar en adelante los días de su vida.

Cuando en 1870 estableció el Presidente García Moreno, en la República, la famosa escuela Politécnica, gloria de ese ilustre mandatario, el PADRE SODIRO se contó entre los primeros sabios enviados por el General de la Compañía, y, en efecto, vino en unión del astrónomo Juan Bautista Menten, Decano de la Facultad de Ciencias, y del geólogo Teodoro Wolf, de cuyo luminoso paso por el territorio ecuatoriano nos quedan los estudios más completos en la materia.

El PADRE SODIRO desde que arribó á nuestra Patria, cobró gran cariño á ella, y contempló en sus múltiples riquezas naturales, la fuente en donde podría obtener con perseverancia, muy útiles descubrimientos. La Flora ecuatoriana le es deudora de perdurable gratitud, por haber alcanzado, mediante sus investigaciones, el grado de prosperidad que hoy presenta, habiéndose él desvelado para conseguirlo así durante muchísimos años.

En 1877 se disolvió, por desgracia, la Escuela Politécnica, y los padres alemanes regresaron á Europa; mas, el PADRE LUIS SODIRO, de acuerdo con los Superiores de su Provincia y con verdadera satisfacción propia, quiso continuar en este país, deseoso de ofrecerle su experiencia científica é impulsar, en consecuencia, nuestra rudimentaria agricultura. Sostuvo, pues, con abnegación de patriota el estudio, progreso y creciente desarrollo de la flora ecuatoriana, consagrando á ella los mejores años de su fecunda vida, como lo demuestran las numerosas obras técnicas con que ha enriquecido el tesoro de conocimientos botánicos.

Por esta labor ha sido el objeto, más que del aplauso, de la admiración de los sabios alemanes, franceses é italianos, quienes, en muchos congresos científicos, le han decretado repetidas ocasiones diplomas y medallas de honor, en prenda de la amplia satisfacción con que han estimado sus importantes obras.

En el Ecuador [lo diremos con orgullo] todos los gobiernos han favorecido largamente los trabajos de este insigne sabio, y la Universidad Central tuvo á honra contarle por muchos años en el número de sus Catedráticos y en el de los Redactores de sus Anales. Además, de-

sempeñó hasta su muerte el puesto de Director nato del Jardín Botánico de Quito, á donde acudía con sus discípulos, que en él idolatraban, á que aprendiesen prácticamente el cultivo de las ciencias de Humbolt, Caldas y nuestro compatriota el Marqués de Selva-Alegre.

A pesar de sus maduros años y yá fatigada inteligencia, hizo al Litoral varios viajes para el fomento de la creación de quintas modelos. En más de una vez pidió por nuestro conducto muestras del cacao y otros árboles y de plantas aromáticas ó medicinales, para estudiar las enfermedades y ver la manera de remediarlas, pues ansiaba toda ocasión para poder con el concurso de sus luces distribuír bienes y evitar males á la nueva patria que lo había guardado, como una reliquia en su seno.

El PADRE SODIRO escribió las siguientes obras: 1. Apuntes sobre la Agricultura ecuatoriana. 2. Sobre pastos para ganado. 3. Estudio sobre el Mangle. 4. De las enfermedades del Cacao. 5. Criptogamae vasculares quitenses [1 tomo de 660 págs. 1893]. 6. Monografía 1ª Piperáceas ecuatorianas. 7. Monografía 2ª Anturios ecuatorianos. 8. Monografía 3ª Tacsonias ecuatorianas. 9. Certula Florae ecuadorensis.

En cuanto á las grandes prendas que en lo moral y religioso lo adornaron, podemos afirmar sin hipérbole alguna que fueron tales, que en él se veían retratadas las evangélicas virtudes y la inagotable bondad que con su ejemplo y martirio le legara á través de los siglos, el Salvador del Mundo. Era modestísimo, afable, sincero,—con esa sinceridad de hombre justo,—y en su trato revelaba un candor casi de niño.

Amó mucho, intensamente, al suelo ecuatoriano: las tristezas de éste fueron las únicas suyas. Por eso muy bien concluiríamos el presente homenaje á su memoria amiga, diciendo: *Cerró sus ojos en su propio nido.*

Alfredo Flores y Caamaño.

LA CIENCIA DE LUTO

(Del "Diario del Ecuador"—No 109)

EN la mañana de ayer falleció el Padre Sodiro, distinguido jesuita, á quien con sobrado fundamento se le ha dado el título de sabio.

El Padre Sodiro nació el 22 de Mayo de 1836 en la ciudad de Vérgamo (Italia) y el 30 de Agosto del 56 ingresó á la Compañía de Jesús. En Italia hizo sus primeros estudios y los completó en Alemania, alcanzando allí mismo alguna celebridad. Fué allí donde se dedicó á estudios de botánica y ciencias naturales hasta que en 1870 vino en compañía de otros profesores, llamados por García Moreno para la Escuela Politécnica fundada en Quito. Desde el año 76 dió, en Pifo, clases de humanidades, filosofía y otras ciencias á los alumnos que se hallaban en preparación para ingresar á la Compañía y, más ó menos el año 82 comenzó á dictar las clases de Botánica en la Universidad Central de Quito hasta el año 95, fecha en la que volvio á Pifo, dedicándose únicamente á los estudios de la fauna y de la flora ecuatorianas.

Mientras tanto había publicado varios opúsculos, uno de los cuales fué la "Ojeada sobre la vegetación ecuatoriana," opúsculo en el cual rectificó el P. Sodiro muchos errores cometidos por Humbolt en sus anotaciones botánicas y estudios de fauna y flora. Este opúsculo le valió en Europa el calificativo de Gran Botánico.

Al P. Sodiro se le consideraba como el fundador de la Escuela de Agricultura, ramo al que ha prestado importantísimos servicios y en el cual ha introducido algunas reformas progresistas.

Repetidas excursiones hechas por el Oriente y las Costas del Ecuador, en las cuales ha hecho detenidos estudios, le colocaron en situación de establecer una cuasi revolución en las ciencias naturales á las que suministró abundantes y preciosos datos. Su colección de botánica alcanzó un número mayor de 3.000 especies. Antes no se había conocido sino un individuo de una espe-

cie y el P. Sodiro ensanchó el número hasta llegar á ciento y doscientos de éstos, cosa de enriquecer materialmente esa ciencia.

Inédita deja una obra cuya importancia es inmensa y de positivo beneficio para el Ecuador, sobre cuya fauna y flora versa.

El Gobierno debiera interesarse y patrocinar ese libro que proporcionará grandes conocimientos á la juventud ecuatoriana.

En vista de los importantes y largos servicios prestados como profesor de la Universidad Central; el Congreso de 1903 le jubiló asignándole la pensión mensual de 100 sucres.

Muere de 73 años de edad después de haber dedicado la mayor parte de su vida al Ecuador, su segunda Patria, como le llamaba, y de haberle prestado servicios de cuya grande importancia nadie puede dudar.

A personas como el P. Sodiro debe el Ecuador el cariño que á un hijo adoptivo y los ecuatorianos la gratitud que á un hermano bienhechor, puesto que, como pocos, ha contribuido á enriquecer nuestros conocimientos; y más si pensamos en que nos ha dedicado la mitad de su vida hasta confundir su tumba con la nuestra, para hablarnos de su cariño desde el sepulcro.

El sabio Sodiro

(De "El Tiempo"—Nº 1909)

ACABA de descender á la fosa común, á la dulce solidaridad de los muertos, el sacerdote jesuita LUIS SODIRO.

Acontecimiento es este sensible por mil títulos, ya que ante los resplandores de la ciencia las divisiones sectarias quedan oscurecidas, borradas, anonadadas.

Amantes de la Verdad ante todo; prosélitos del Bien, esclavos de la Luz, abandonamos un momento nuestra

pluma incisiva de combate, para dejarla demostrar libremente su duelo y correr nerviosa á aunarse al dolor general de la sociedad y de la Prensa.

El PADRE SODIRO, como familiarmente se le llamaba, era una eminencia científica honró la institución á que pertenecía y á la sociedad ecuatoriana que lo ha conservado en su seno desde el 71, en que aquel fué contratado por el Gobierno, que entonces estableció la afamada Escuela Politécnica.

En nuestro sincero deseo de detallar algo la vida de este ilustre extinto, hemos querido consignar siquiera á vuela pluma los siguientes datos biográficos; ya que la muerte tiene el privilegio de entregarnos los muertos ilustres en toda su esplendidez para admirarlos, ó glorificarlos sin el obstáculo ya de su característica modestia.

Fué su patria Italia y nació el 22 de Mayo de 1836 en Verona.

Ingresó á la Compañía de Jesús el 30 de Agosto de 1855, cuando apenas tenía 20 años de edad; y hechos sus estudios en Italia, pasó á Alemania, en uno de cuyos institutos científicos se hallaba hacia el año en que vino al Ecuador, en compañía de los demás científicos fundadores de nuestra Escuela Politécnica.

Clausurada ésta en 1881, el PADRE SODIRO se retiró á la casa que en Pifo poseen los Jesuítas; y allí se entregó al cultivo de la ciencia de su predilección, la Botánica.

A poco, fué llamado á la Universidad Central donde dictó hasta 1897 las clases de Botánica á los cursantes de Medicina y Farmacia; así como á los alumnos del Colegio San Gabriel, regentado por religiosos de su Orden.

Un Congreso liberal, el de 1903, reconociendo los méritos especiales y revelantes del virtuoso y eminente sacerdote, y atendiendo á sus largos años de profesorado y consagración científica, así como á las publicaciones utilísimas con que enriqueciera la literatura científica del Ecuador, le jubiló—sin oposiciones de ninguna clase,—con la pensión mensual de 100 sucres.

La agricultura ecuatoriana fué tema especial de sus libros ó monografías de tan profundas enseñanzas; y el valor científico de éstas le captó simpatías de hombres de nota ya en Sud América, ya en Europa.

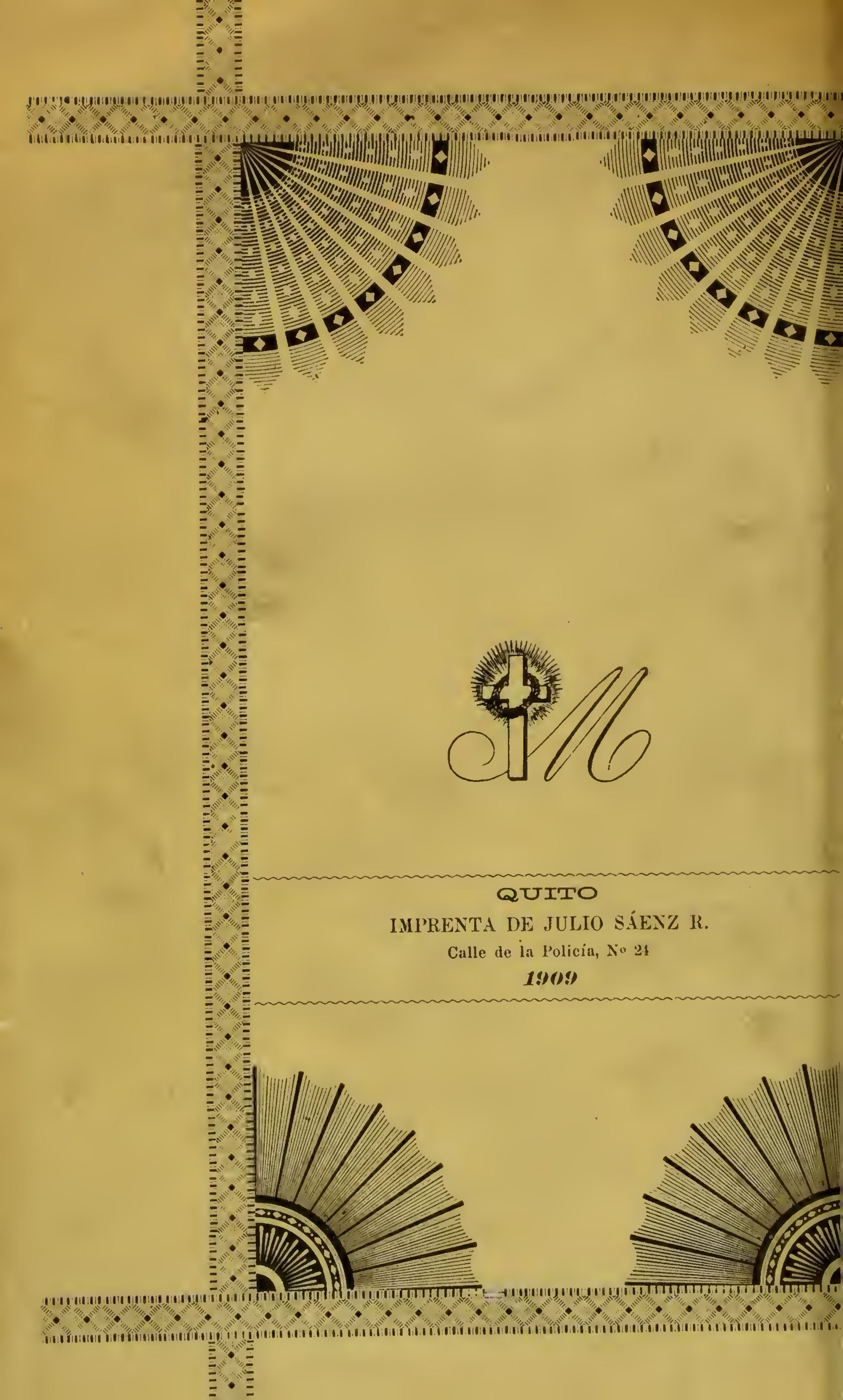
Poseía con perfección muchos idiomas: italiano, alemán, inglés, francés, griego, latín y español.

Mantenía correspondencia con algunos sabios del extranjero, entre ellos con don Teodoro Wolf; y pertenecía á varias Academias de Europa y América, que le consideraban como un representante de la cultura científica ecuatoriana.

Hemos perdido una existencia preciosa, que los ecuarianos supimos apreciar siempre y que nuestros poderes públicos supieron estimular y apoyar en lo posible.

Sean la paz y la gloria—la gloria del saber—sobre la fosa oscura, á que acaba de entregarse el R. P. SODIRO con la entereza del hombre que se pertenece y con la confianza que sólo sabe prestar la misteriosa fuerza de la Verdad y de la Ciencia.





QUITO
IMPRENTA DE JULIO SÁENZ R.
Calle de la Policía, Nº 24
1909